Las Vírgenes locas

(Les demi-Vierges)

Comedia en tres actos y en prosa

Teatro de la Comedia: 21, Enero, 1902.

MADRID
Sociedad de autores Españoles
Salon del Prado, 14, Hotel.
1902

LAS VÍRGENES LOCAS

532:8

LAS VÍRGENES LOCAS

(LES DEMI-VIERGES)

COMEDIA MODERNA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

original del célebre novelista francés

MARCELO PRÉVOST, 1862-1941

adaptada á la escena española

POR LOS SEÑORES

GONZÁLEZ LLANA y FRANCOS RODRÍGUEZ

TEATRO DE LA COMEDIA.—21 de Enero de 1902

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Sra. Pino.
LUISITA	Srta. Bremón.
SEÑORA DE VOUVRE	Sra. García.
JULIETA	Srta. Catalá.
ANA	
MAGDALENA DE REVERSIER	Sánchez.
MARTA DE REVERSIER	Santiago.
SEÑORA DE REVERSIER	Tejada.
SEÑORA DE CHANTEL	Colorado.
SEÑORA UCELLI	Sampedro.
CECILIA	Egido.
JULIÁN DE SUBERCEAUX	Sr. Tallaví.
MÁXIMO DE CHANTEL	Morano.
PABLO TESSIER	Mora.
HÉCTOR TESSIER	Gonzálvez.
HARDÉN	Vallés.
LESTRANGE	López Alonso.
KRAUSE	Cayuela.
VALBELLE	Mata.
ESPIENS	Castro.
JOSÉ	Belda.
BAUTISTA	Redondo.

Invitados de ambos sexos

ACTO PRIMERO

Gran salón á todo foro, adornado con lujo y al gusto moderno. A la izquierda un saloncito, el cual está separado de la estancia principal por tres columnas. En el fondo del salón, chimenea monumental y alrededor de ella muebles diversos.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA DE VOUVRE y MATILDE. Al levantarse el telón, la señora de Vouvre está echada en una silla larga, leyendo. Matilde escribe una carta

MAT. Que se hace tarde, mamá. ¿Por qué no te vistes?

SRA. DE V. Son las tres. Hasta las cuatro tengo tiempo des arreglarme para recibir á nuestros amigos.

MAT. Por de pronto hace rato que dieron las tres y media.

SRA. DE V. ¿Qué quieres, hija. Estas pícaras piernas me quitan el humor para todo. ¿A quién escribes? (Matilde en este momento está escribiendo la dirección del sobre.)

MAT. A Harden. Debe de estar en las oficinas del Banco y allí le envío la carta.

SRA. DE V. ¿Le pides algo?

MAT. Le pido su palco de la Opera para la función de mañana. Quiero desenojarle. Esta carta servirá de tratado de paz, porque no conviene

romper las relaciones con un hombre como Harden, millonario, personaje de la alta banca. Amistades como la suya han de parecerle bien á los Chantel que hoy nos visitan por vez primera.

SRA. DE V. Pues yo creo que el trato con Harden, antes que favor nos produce perjuicios. ¡Un hombre que sólo piensa en enriquecerse y de cualquier manera!

MAT. Y á los que de cualquier manera buscan dinero se les mira mal... hasta que lo encuentran.

SRA. DE V. Además es casado. Si fuera soltero se le podían permitir ciertas cosas.

MAT. No todas.

SRA. DE V. Desengáñate, la señora de Chantel y sus hijos encontrarán en nuestros salones personas de más categoría que el señor Harden. A nuestra casa viene muy buena gente.

MAT. (Con ironía.) ¡Mucho!... Pero entre nuestros contertulios abundan con exceso los empleados de mediana categoría; agregados á los ministros, como Lestrange; secretarios de diputados como Julián de Suberceaux, y algunos artistas que acuden á todos los sitios donde se ofrece una comida ó donde se sirve una taza de té; estas amistades no son de las que puedan fascinar á personas de tanto abolengo como Máximo de Chantel y su madre.

SRA. DE V. ¿Y la señora Ucelli?

MAT. ¿Esa?

SRA. DE V. ¿Cómo esa? La amiga de la duquesa de Spezzia...

MAT. Sí, es verdad, su amiga. Por cierto que lo repite demasiado.

SRA. DE V. Vendrán también los hermanos Tessier, nuestros parientes, aunque lejanos.

MAT. Pablo quizás falte. Hoy se discute en el Senado el privilegio del Banco de Francia y tiene pedida la palabra, pero de fijo que Hector viene como todos los martes.

SRA. DE V. Pues entonces, si Máximo y su madre en-

cuentran en nuestra casa á un senador, futuro ministro y consejero del Banco, como Pablo Tessier, y á una casi princesa como la señora Ucelli...

MAT. (Interrumpiendo.) Y á un casi poderoso como Harden...

SRA. DE V. Y á varios caballeros cumplidos...

MAT. De seguro que quedarán satisfechos.

SRA. DE V. De fijo que sus tertulias no están tan lucidas.

MAT. No conozco á las personas á quien reciben las Chantel en Vezeris, pero de seguro que son las más nobles y respetables de toda la comarca.

SRA. DE V. La señora de Chantel, es una persona muy tratable. En los baños de Saint-Amand hacíamos muy buenas migas.

MAT. Y no dejó de chocarme que congeniárais tan fácilmente la noble provinciana y tú.

SRA. DE V. Es que nosotros somos también de buena familia. Tu abuelo fué subgobernador en la Martinica. Y tu padre era noble de raza. ¡Los Vouvre tienen un ilustre abolengo! Uno de ellos, Gastón, luchó en la guerra de los cien años contra los ingleses.

MAT. Sí, ya me acuerdo, y les entregó la plaza que mandaba; pero no es la prosapia la que ha establecido simpatías entre la señora Chantel y tú; es que entre ambas existen las semejanzas de la edad y de los achaques. Lo que me sorprende es que, Máximo, un hombre rudo, se haya enamorado de mí tan de improviso.

SRA. DE V. Porque eres irresistible, porque hipnotizas á los hombres. Tu hermosura los atrae, pero les produce al fin miedo y te abandonan.

MAT. Sí, suelen dejarme cuando se enteran de que no poseemos la riqueza que aparentamos tener. Pero Máximo, después de los diez días pasados con nosotros en Saint-Amand, volverá, yo pondré en juego mis recursos, porque á mí no se me olvida fácilmente cuando quiero.

SRA. DE V ¿Crees que Máximo viene á París por tí?

Viene á acompañar á su madre, que quiere consultar sus dolencias á médicos eminentes.

MAT. (Toca un timbre.) Para eso le bastaba la compañía de su hija, que ya tiene diez y ocho años. Máximo quiere verme. Tengo la seguridad de que no me ha olvidado.

ESCENA II

DICHOS y BAUTISTA

BAUT. (Trayendo una carta.) Esta carta para la señorita. ¿Había llamado?

MAT. (Cogiendo la carta que le entregan y dando la que acaba de escribir.) Sí, que envíen esto á la avenida de los Campos Elíseos, número ciento cincuenta.

BAUT. Está bien.

MAT. A las cuatro vaya usted á buscar á la señorita Luisa y adviértale que se vista en seguida para que venga á ayudarme á servir el té.

BAUT. Así lo haré.

MAT. Ah, otra cosa. Dentro de poco vendrá preguntando por mí una joven; déjela usted pasar en seguida.

BAUT. ¿Aunque haya visitas?

MAT. Aunque las haya.

SRA. DE V. (Incorporándose con dificultad.) ¿Quién es esa joven?

MAT. No la conoces. Es una compañera de colegio á quien no he visto desde que salí del convento.

SRA. DE V. ¿Qué quiere?

MAT. No lo sé. Me escribe diciendo que necesita verme.

SRA. DE V. ¿Cómo se llama?

MAT. Duroy, Julieta Duroy.

SRA. DE V. (Ya casi incorporada.) No, no me acuerdo de ella (Matilde, con impaciencia, se asoma al balcón. Bautista espera en la puerta por si le dan alguna orden.)

BAUT. ¿No quiere nada más la señorita?

MAT. No.

SRA. DE V. (Después de hacer un esfuerzo y ponerse en pie.) Yo sí, hija mía, ven acá. Ayúdame á ir á mi cuarto. Conque quedamos...

MAT. ¡Por Dios, mamá!

SRA. DE V. ¿En que es necesario que yo me vista en seguida?

MAT. Sí; y espera en tu habitación á que venga la señora Chantel; yo te avisaré.

SRA. DE V. Bien, vamos. ¡Qué trabajo me cuesta moverme! (Se va la señora de Vouvre del brazo de su hija.)

ESCENA III

MATILDE: después BAUTISTA

MAT. (Abriendo y leyendo la carta que le entregó su doncella.) «Tengo el honor de participar á usted que, cumpliendo sus órdenes, he vendido cinco de sus títulos del 3 por 100 perpetuo, cuyo importe queda en mi poder á su disposición.—*Blondun.*» (Hablando.) Bien. Ya estamos tranquilas durante una semana. (Escribiendo.) Nueve mil doscientos cincuenta y nueve francos, y cuarenta y ocho que me quedaban... restan treinta y nueve mil. Con ellos habrá bastante para tirar hasta que se realice mi matrimonio.

BAUT. (Entrando.) ¡Señorita!

MAT. ¿Está ahí la persona á quien esperaba?

BAUT. No, es el señorito Julián.

MAT. No me gusta esa familiaridad. No llame usted al señor Suberceaux el señorito Julián. ¿Por qué no ha pasado?

BAUT. Porque creyendo que la señorita estaba en su cuarto, allí fué.

MAT. Dígale que aquí le espero. (Vase Bautista.)

ESCENA IV

MATILDE: después JULIÁN

JULIÁN (Al entrar muy ceremoniosamente.) ¿Qué tal?

MAT. (Tendiéndole la mano.) Estoy sola, te suplico que cuantas veces vengas á mi casa, de ahora en adelante, no te dirijas á mi habitación.

JULIÁN Los tiempos han cambiado. (Con tristeza.) ¡Ya no me amas!

MAT. Sí, te quiero. Acaso nos convendría á los dos que este cariño no existiese.

JULIÁN ¿De veras? ¿No me dices todo eso por compasión? ¡He pasado tan malos ratos desde que nos vimos en casa de Reversier!

MAT. ¿El juego, eh?

JULIÁN No. En la pasada noche fuí afortunado. (Enseñando un mazo de billetes que saca del bolsillo.)

MAT. Me habías prometido no volver á jugar.

JULIÁN Lo he prometido, sí, pero no puedo cumplirlo. La lucha por la vida se me impone. Hace cinco años llegué á París, dispuesto á conquistar una posición; y he quedado reducido á la categoría de secretario de un diputado. Si no jugase, no tendría para comer. Juego para vivir, y además, ¿por qué no decirlo? para olvidar.

MAT. Para olvidar... ¿A quién? ¿Para olvidarme á mí?

JULIÁN Sí; para olvidarte. Estoy nervioso y triste porque no correspondes á mi cariño como yo deseo.

MAT. Prescinde de reproches y considera con calma cuál es nuestra situación. Lo sabes de sobra. Mi madre está arruinada; mi dote se ha consumido para mantener nuestro boato después de la muerte de mi padre. Luisa no quiere tocar á la suya. Detrás de este lujo nos acecha la catástrofe. ¿Puedes tú salvarnos?

JULIÁN ¿Para qué repetirme cosas en las cuales

pienso con amargura? Bien sé que yo no soy el marido que necesitas. Yo no te quiero unir á la miseria, ni deseo tampoco que luches desesperadamente conmigo por la vida. Cuando estorbe, desapareceré; pero hasta que eso suceda, déjeme disfrutar de mi amor. ¡Sé mía! ¡Que goce por unos momentos de la felicidad que el destino me arrebata!

MAT. ¡Ser tuya! ¡Imposible! ¡Bastantes debilidades he tenido para tu cariño!

JULIÁN Esas debilidades no son más que vanas limosnas que no satisfacen el hambre de quien quiere amor completo. Eso no me basta. (Cogiéndole la mano.) ¡Tengo un ansia que me devora; el ansia de expresarte mi cariño á solas! ¡Concédeme eso y seré tu esclavo!

MAT. El esclavo de Cleopatra. (Con burla.)

JULIÁN ¡Te ríes de mi dolor!

MAT. No seas injusto. ¿No te recibo con entera libertad en mi casa?

JULIÁN ¡Aquí! pero te niegas á venir á la mía.

MAT. ¿A tu casa? ¿Estás loco? Todo el mundo nos acecha. Si me quieres de veras, no busques mi deshonra. Precisamente, ahora necesito como nunca que mi conducta sea intachable.

JULIAN ¿Por qué? ¿Hay algún proyecto?

MAT. Quizás.

JULIÁN ¡Ah! (Mira á Matilde con fijeza. Pausa.) ¿Tienes miedo de confesar lo que sucede?

MAT. (Después de una pausa.) No; lo diré en dos palabras. En el mes de Julio hemos entablado amistad durante nuestra permanencia en las aguas de Saint-Amand con la señora de Chantel, una noble dama de provincias, que se encontraba en el establecimiento en compañía de su hija Juana. Un hijo de esta señora vino á buscar á su familia en los últimos días de su estancia en el balneario. La señora de Chantel es inmensamente rica. (Interrumpiendo el relato.) Han llamado.

JULIÁN Sí; serán visitas, hoy es martes.

MAT. No, espero á una amiga. Tú la conoces. Julieta Duroy.

JULIÁN ¿La hija de Matilde Duroy?

MAT. Sí, quiere verme.

JOSÉ (Desde la puerta.) La señorita á quien usted aguardaba ha venido.

JULIÁN Yo te dejo. No quiero encontrarme con ella.

MAT. (A José.) Que espere en la galería un instante. Cuando yo avise, que entre.

JULIÁN ¿Por qué hasta ahora no me has dicho nada del encuentro en las aguas de Saint-Amand?

MAT. Porque no sabía aún si volvería á ver á los Chantel.

JULIÁN Ahora voy explicándome cosas pasadas. Volviste á París de tu viaje á fines de Agosto, y entonces te encontré nerviosa, preocupada, áspera conmigo. Cuando te hablé de mi cariño, me contestaste con más desabrimiento que nunca, y eso que después... Deja que lo recuerde. Deja que traiga á mi memoria aquel anochecer del mes de Septiembre, en que tuve la dicha de sorprenderte en este salón, iluminado apenas por los moribundos reflejos del sol poniente... Desde aquel momento enloquecí; había logrado por vez primera...

MAT. ¡Julián!

JULIÁN Sí, tienes razón; las victorias á medias no son tales victorias; pero aquella sombra de consentimiento, me incita á pensar en el triunfo absoluto Júrame que no quieres á ese Máximo de Chantel.

MAT. No, no le quiero; y eso que es hombre digno, honrado, de familia ilustre, de gran fortua. Si hubiera pedido mi mano en Saint-Amand, creo que hubiera dicho que sí, y entonces...

JULIÁN Me habrías rechazado, ¿verdad?

MAT. Sí. No soy capaz de tener escrúpulos mayores que aquellos que los hombres usan con nosotras, pero quiero por lo menos, conducirme como se conduciría un hombre honrado.

JULIÁN Y el señor de Chantel, ¿ha venido?

MAT. Vendrá hoy con su familia. Ignoro todavía si se cumplirán mis pronósticos, pero te digo con franqueza lo que sucede para que no tengas que motejarme de hipócrita. Esta primavera pasada hubiera sido tuya, lanzándome á la vida de la aventura á impulsos del amor; hoy las circunstancias despiertan en mí nuevos sueños de ambición; déjame libre el camino.

JULIÁN Ahogaré los impulsos de mi corazón, pero quiero una esperanza, algo que me estimule al sacrificio.

MAT. ¡Silencio por Dios, Julián! ¡Silencio! (Toca el timbre.)

ESCENA V

MATILDE y JULIETA. Matilde hace señas á Julián de que la deje. Ha llamado como buscando defensa en una tercera persona. Al hacer mutis Julián por la derecha, aparece Julieta por el foro

JUL. ¡Señorita!

MAT. (Besándola.) ¡Señorita!... ¿A mí? ¿A tu amiga? ¿A tu antigua compañera le vienes con cumplidos?

JUL. ¿Pero es que te acuerdas?... Y yo temía que no me recibieras.

MAT. ¿Por qué?

JUL. Porque hace tantos años que nos separamos. Los recuerdos de la niñez, suelen desvanecerse en la juventud, y además, por si conocías mi situación.

MAT. ¿Crees que ya en el convento no sabíamos cuál era esa situación, como tú dices?

JUL. ¿Sabíais?

MAT. Sí. Pablo Tessier, el senador era amigo del diputado... No recuerdo su nombre...

JUL. Asquín, mi padre. Hace quince meses que le perdimos.

MAT. ¿Era tu padre? Eso lo ignoraba. Sabíamos solamente que el señor Asquín iba todos los días á casa de tu madre con los señores Tessier y Suberceaux.

JUL. El señor Suberceaux era el secretario de papá. No se ha portado bien con nosotras Mi padre le quería mucho, y mi madre le trataba como á un hijo, y desde que murió mi padre no ha vuelto á visitarnos, y eso que sabe que mamá está enferma, muy enferma, y que nuestra situación es muy triste.

MAT. El señor Suberceaux tiene débil el corazón; es un egoísta tierno; la forma tierna del egoísmo es la más peligrosa, pero á Julián no se le puede acusar de malo.

JUL. Veo que es amigo tuyo... Perdona.

MAT. ¡Ah! No hagas caso. (Besándola en la frente.) Y ahora sepamos en qué puedo yo servirte y para qué pedías verme.

JUL. Comprenderás que solo la necesidad me mueve á reclamar tu auxilio. Hemos sufrido mucho. Mi pobre madre se halla á las puertas de la muerte. La existencia es difícil y yo acudo á tí sabiendo que eres buena, porque no es deshonroso para una mujer pedir protección á otra mujer. Como comprenderás, conociendo los antecedentes de mi familia, se me han hecho proposiciones que mi honradez ha rechazado; entre otros, por persona que tú conoces mucho. Me refiero al señor Tessier.

MAT. ¿Héctor?

JUL. No, su hermano, el senador. Nos visitaba mucho en tiempo de papá. Cuando yo era niña, me quería como á tal. Ahora su cariño ha cambiado de intenciones.

MAT. Que se case contigo.

JUL. Eso es imposible.

MAT. ¿Porque es rico?

JUL. Tal razón acaso no le impidiera unir su nombre al mío; pero hay otros motivos. La situación de mi madre.

MAT. ¡Pobrecilla!

JUL. No me queda, pues, otra esperanza que la de seguir los consejos de algunos filósofos modernos y aceptar la unión libre; pero yo tengo un temperamento especial. ¡He pre-

senciado tantas cosas horribles en mi casa, que por egoísmo voy á la honradez! No estoy segura de que hasta el fin de mi vida dure ese propósito, porque se sabe desde dónde se parte, pero no hasta dónde se llega; lo que afirmo es que mis ambiciones se limitan á procurarme decentemente lo que baste para pagar un cuarto humilde, una mesa sencilla y un lecho limpio.

ESCENA VI

DICHAS y JOSÉ. Después HARDEN

MAT. ¿Qué sucede?

JOSÉ El señor Harden que quiere ver á la señorita.

MAT. (Después de una pausa.) Que entre. (Vase José.)

JUL. ¿El célebre Harden? (Signo afirmativo de Matilde.) Judío, no es eso?

MAT. No del todo. Se trata de otra especie de hombre adinerado. Anglosajón, buscador de oro, banquero, sportman, y algo Tenorio. No recuerda nada de Israel.

JUL. Te dejo.

MAT. Al contrario. Si estuviera sola, no le recibiría.

HARD. (Entra saludando.) ¡Señorita! He recibido la carta de usted al salir de mi casa, y quiero yo mismo darle la respuesta. Mi palco está á su disposición y me honra usted mucho aceptándole.

MAT. (Fríamente.) Gracias.

HARD. ¿Por lo visto firmamos las paces?

MAT. No ha habido guerra. Usted tiene un modo particular de demostrarme su admiración, y yo le he aconsejado que cambie de procedimientos, ni más ni menos.

HARD. Está bien; olvide usted mis términos irregulares, puesto que le han desagradado, y ponga en su lugar las palabras que yo no he acertado á decirle. ¡Ah! Y conste que desde ahora me callo.

MAT. Con esas condiciones queda firmada la paz, como usted dice. ¿Y por qué no ha venido usted á la hora en que mamá recibe?

HARD. (Se detiene un instante al alejarse hacia la puerta, y antes de saludar y de retirarse dice:) Porque esperaba encontrarla á usted sola. (Vase Harden.)

ESCENA VII

MATILDE y JULIETA

JUL. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros dos?

MAT. Pues que me ha dicho la otra noche, en casa de los Reversier, cosas que otros muchos me han dejado entrever; pero me las ha dicho con la brutalidad propia de un caballero improvisado, como si me hubiera propuesto entrar en una combinación bancaria, y yo he tenido necesidad de advertirle su error para que no reincidiese. Pero no malgastemos el tiempo y hablemos de tí. Tú deseas ganarte la vida, ¿no es eso?

JUL. Sí, cursé en el conservatorio, después de mi salida del colegio, y obtuve un accésit de canto. Tengo un repertorio de canciones del año mil ochocientos treinta, que me acompaño yo misma á la guitarra, y que creo gustarán.

MAT. Seguramente.

JUL. Lo encuentras muy fácil, pero hacen falta relaciones. Los Tessier quisieron presentarme en una fiesta campestre en Chamblais, la finca que tienen al final del Bosque de Bolonia; pero me repugnó la idea de aparecer apadrinada por dos solterones, y acudo á tí, para que me prestes tu apoyo.

MAT. Pues ya lo creo, cuanto esté de mi parte lo pondré, para que logres en tu empresa un éxito feliz. Precisamente dentro de quince días celebraremos aquí una velada musical. En ella te presentarás á nuestra reunión, que puede servirte de mucho. ¡Debes de tener una voz muy bonita!

JUL. Por lo menos he trabajado para que sea agradable.

MAT. ¿Quieres que nos entretengamos cantando algo al piano? Aquí tengo yo papeles de música. (Después de buscar en el musiquero papeles de música.)

JUL. Esta canción es moderna, la conozco: *El anillo de plata.*

(Julieta preludia en el piano y en seguida entran en escena la señora Ucelli y Cecilia.)

ESCENA VIII

DICHAS, SEÑORA UCELLI y CECILIA

UCELLI ¡Brava! ¡Brava!

MAT. (Volviéndose.) ¡Ah! la señora Ucelli. (Se levanta.)

UCELLI (Presentando á Cecilia.) La señorita Cecilia Ambre, una buena amiga de la Duquesa y mía, ¿verdad, *carina*? Viene á París por unas cuantas semanas, y yo me he permitido presentársela á usted. Es una especialidad en las canciones «fin de siglo».

MAT. (Dando la mano á Cecilia.) Tengo un verdadero placer en conocerla, señorita.

UCELLI Ya veo que ha descubierto usted una gran artista. (A Julieta.) No lo digo por lisonja.

MAT. Y además canta muy bien. (Presentándola.) La señorita Julieta Duroy, compañera mía en el colegio.

UCELLI ¿Es usted del teatro, señorita?

JUL. No, aun no.

MAT. La daremos á conocer nosotras, ¿verdad? Su especialidad son las canciones antiguas, que se acompaña ella misma con la guitarra.

UCELLI *¡Ah, cara!* ¡La guitarra! ¡Cuánto me gusta! Nada, nada, inmediamente hay que organizar un concierto. Yo cantaré, y usted también, Cecilia. ¿Cuándo podremos celebrar la fiesta?

MAT. De eso tratábamos. Se podrá arreglar para

el mes próximo. Inauguraremos con ella el gran salón móvil.

UCELLI (A Cecilia.) Un salón admirable, Cecilia; como la mitad de la célebre Scala; se mueve por medio de un ascensor... (Se va alejando con Cecilia hacia el fondo del salón; Matilde y Julieta se retiran hacia la izquierda.) Mire usted qué casa más elegante, más suntuosa, *é guárde come é ben accomodato. Gusto inglese.*

MAT. ¡Me produce horror! Y ella en el fondo me aborrece también. Es una mujer peligrosa, corrompe á los criados de las casas que frecuenta, con el propósito de saberlo y espiarlo todo, pero para nuesto asunto puede servirnos. Si ella canta en la velada, llamará mucho la atención, y el público será muy escogido.

JUL. ¡Cuánto tengo que agradecerte!

MAT. Procura visitarme con frecuencia. Vives en la calle de Berna, ¿verdad?

JUL. Sí, calle de Berna, 33.

MAT. ¿Con tu madre?

JUL. Con mi madre; pero como la pobre apenas si puede moverse, yo soy la verdadera dueña de casa. No me visita nadie más que Pablo Tessier. ¿Irás á verme?

MAT. Quizás, pero te avisaré antes para no molestarte.

JUL. ¡Molestarme! ¡Qué idea!

MAT. Te lo digo porque acaso no vaya sola. (Dirigiéndose á la señora Ucelli.) Perdonen ustedes la descortesía; hablaba con Julieta, que se marcha.

UCELLI ¿Nos deja usted, señorita? Mucho gusto en conocerla. Le aseguro un éxito muy feliz. Si quiere honrar mi casa, calle de Lisboa, veintiuno. Los jueves recibo, y en la intimidad se rinde culto á la música. A propósito, mañana debuta la Lindermann en la Opera. ¿Irá usted?

JUL. No tengo localidad.

UCELLI ¡No ir una artista como usted á una solemnidad semejante! Estaría bien. La ofrezco mi palco, principal número quince. La pre-

sentaré á mis amigos, el conde Rustols, Lestrange... (En este momento se abre la puerta del salón y aparece un lacayo, que queda en pie junto á la puerta, como para anunciar á los que llegan.)

ESCENA IX

DICHOS y LESTRANGE

LES. (Entrando.) Oigo mi nombre. (Saludando á la señora de Ucelli.)

UCELLI Le hemos evocado... En nombrando al ruin de Roma... (Julieta se marcha. Lestrange, señora Ucelli y Cecilia quedan á la derecha.)

LES. ¿Quién es esa muchacha tan bonita?

UCELLI Una amiga de colegio de Matilde

LES. Preciosa. (A Matilde, que se acerca.) Tiene usted una amiga hermosísima.

MAT. (Secamente.) Sí es hermosa, pero honrada. No pertenece al género que le agrada á usted (Entran en escena las señoras Reversier, Marta y Magdalena. Matilde hace las naturales presentaciones.)

ESCENA X

DICHOS: SEÑORA DE REVERSIER, MARTA y MAGDALENA

MAT. (Saludando á la señora Reversier.) Muy buenas tardes.

MARTA
MAG. } (A Lestrange.) Buenas tardes, Luciano.

MAT. La señora Ucelli, la señorita Cecilia Ambré, el señor Lestrange. (A la señora Reversier y á sus hijas.) A ustedes no les presento, porque por lo visto se conocen.

UCELLI El señor Lestrange, conoce á todas las muchachas bonitas de París.

LES. (En voz baja.) No, sólo conozco algunas especialidades.

UCELLI ¡Cállese usted! Con razón le oí llamar el otro día...

LES. ¿Qué me llamaron?

UCELLI El don Juan de las adolescentes.

LES. ¿Y quién me calificaba así?

UCELLI ¡Un amigo!

LES. Para poner un mote, nadie mejor que un amigo, sobre todo si es íntimo.

SRA. DE R. (A Matilde.) ¿Y su mamá?

MAT. ¡Malucha! pero no tardará en presentarse.

SRA. DE R. ¿Y Luisita?

MAT. Está en cátedra; vendrá pronto; sale á las cuatro y media.

UCELLI ¿Luisita en cátedra? ¿Asiste á la calle de Saint-Honoré, donde un joven de veinticuatro años enseña moral á las señoritas?

MAT. A las señoritas y á los caballeros. La cátedra es para ambos sexos.

UCELLI ¿Mezclados?

MAT. Mezclados. El curso es mixto.

LES. Tendré que ver á ese profesor.

UCELLI De seguro que no le matricula. Tiene usted muy mala reputación entre las madres de familia.

SRA. DE R. ¿Qué cantan mañana en la Opera?

MAT. *La Walkiria.*

SRA. DE R. Me han ofrecido un palco, pero no quiero que asistan á tal espectáculo mis hijas.

MAT. Pero, ¿por qué?

MARTA *¡La Walkiria!* El segundo acto es inconvenientísimo.

MAG. Un señor que se declara á su hermana.

LES. (Aparte á Magdalena.) Por lo visto usted conoce el libreto... ¿Qué inconveniente hay en asistir á la representación?

MAG. El inconveniente de que la representación es pública. ¿Sería usted capaz de decir ante la gente las atrocidades que en voz baja nos dice á mi hermana, á Luisita y á mí?

LES. ¡Toma! ¡Se asusta usted de lo que digo cuando las veo! ¡Pues si dijera lo que pienso cuando las miro!

MAG. Valiente pillo... No merece usted que le queramos. ¿Verdad, Marta?

MARTA No hagas caso de él. No piensa más que en Luisita... Ayer en el Palacio de Cristal, se pasó la mañana entera, patinando con ella

y qué cosas le contaría, que Luisa estaba encarnada como una amapola.

LES. De calor. Hace allí un calor sofocante.

MAG. Pero calle... Ha llegado la preferida. (Viendo aparecer á Luisa.)

MARTA Así son todos los hombres del día.

ESCENA XI

DICHOS y LUISA, que entra con grandes muestras de jovialidad

LUI. ¡Buenas tardes, Matilde! ¡Amigas mías!

SRA. DE R. Estábamos hablando de tu catedrático de Moral. Mis hijas desean ser sus discípulas. Vamos, dinos algo del profesor.

LUI. ¡Nuestro profesor! se llama Fernando y es un hombre notable en todas las acepciones de la palabra; alto de estatura, con cara expresiva, la barba en punta y tan elegante, que va á darnos lección vestido de rigurosa etiqueta. Todas las discípulas le adoramos y el en cambio, los martes nos dá una conferencia acerca de la Moral.

UCELLI Pues si ese señor no explica más que los martes de tres á cuatro de la tarde, ¿qué hace en el resto de las horas y en el resto de la semana?

LUI. Cuando no explica Moral, juega á la Bolsa.

SRA. DE R. ¿Y de qué os ha hablado hoy?

LUI. Del amor en el matrimonio.

LES. ¡Bonito tema!

MARTA Y, ¿qué ha dicho?

LUI. Si quieren ustedes les repito el discurso palabra por palabra. Me lo sé de memoria.

TODOS Sí, sí. Que lo repita, que lo repita.

LUI. (Se coloca detrás de una silla é imita cómicamente todas las actitudes y movimientos de un orador.) Me pondré como él; detrás de la mesa; me colocaré bien la corbata; me atusaré el pelo y la barba y daré principio á la lección: ¡Señoras y señores! El amor conyugal está forma-

do por una combinación tan completa como la del oxígeno y la del hidrógeno en el agua. Los elementos que se combinan en el matrimonio son la ternura espiritual y la atracción física. Todos sabéis lo que es la ternura. La habéis sentido en el hogar paterno, cuando vuestras madres os arrullaban en la cuna y os mecían en sus rodillas... Bueno; aquí ponen ustedes un párrafo muy poético, muy largo y muy sentimental. Yo no lo repito porque no hay orador cursi que no lo haya usado. Después de este paréntesis continúo el discurso. La atracción física...

MAT. Luisa, por Dios. Presiento que vas á decir un desatino.

LUI. Nada de eso. Vosotras me enviais á la cátedra de Moral para que la aproveche y yo quiero demostrar que no pierdo el tiempo acudiendo al curso. La atracción física, señoras y señores, no es fácil de definir, sobre todo teniendo delante un auditorio como el que me escucha. Bástenos con hacer constar, que el ser humano tiende instintivamente hacia la belleza; que hacia la hermosura van siempre los ojos. (Cambiando de tono.) ¿Nada más que los ojos?—dice uno del público.—El profesor prescinde de la interrupción y una discípula que se sienta á mi lado exclama: «Pues si los ojos son los únicos que pueden apreciar la belleza, están aviados los ciegos. (Risas generales. La señora Ucelli, besa á Luisa. Los criados entran el servicio del té.)

UCELLI Es graciosísima y encantadora.

MAT. Basta, Luisa. Déjate de locuras y sírvenos el té. Magdalena y Marta te ayudarán. (Las tres aludidas se ponen á servir el té, Luisa ofrece una taza á Lestrange.)

LES. (A Luisa en voz baja.) Necesito hablar con usted á solas.

LUI. Puede usted hablarme aquí cuanto guste.

LES. El asunto es serio.

LUI. Sí, ya lo sé, va usted á decirme que para entrar en su casa, no hace falta que el portero se entere, y además, va á proponerme

que vaya á admirar sus ricas colecciones artísticas.

LES. ¿Quién le ha dicho á usted eso?

LUI. Me lo han dicho las amigas que no hán aceptado la invitación. Las que la han aceptado, siguen guardando el secreto. Yo pertenezco á las primeras. El joven que tenga interés en que yo admire sus colecciones, necesita casarse conmigo. Después de la boda, todo lo que quiera. (Se separa de Lestrange.)

LES. Es más lista que guapa, y guapa lo es mucho; por lo mismo la quiero.

ESCENA XII

DICHOS, PABLO y HÉCTOR TESSIER

MAT. (Al verlos.) Los dos hermanos, ¡cuánto me alegro!

UCELLI ¿Y habiendo sesión en el Senado, Pablo acude á la reunión?

PABLO Por casualidad, no tengo nada que hacer esta tarde. Hemos derribado al Ministerio.

UCELLI ¿Los senadores?

PABLO Un inesperado esfuerzo juvenil.

MAT. ¡Otro gobierno en tierra...!

HÉC. Los ministros no suelen caer porque los empujen, sino porque, ellos mismos, temerosos de la fuerza del caballo que montan, se tiran al suelo.

SRA. DE R. Héctor es asíduo á estas reuniones.

LUI. Sí, le gustan las muchachas bonitas y sabe que aquí nos reunimos las más tontas.

HÉC. (A Luisa.) Alguna hay á quien le sobra agudeza.

UCELLI (A Matilde.) A pesar mío, no voy á poder saludar á su mamá.

MAT. Aguarde usted un momento, vendrá en seguida.

UCELLI Imposible. Cecilia y yo tenemos que ir á la tienda de un camisero que se nos ha recomendado para comprar ropa blanca á la Duquesa.

MAT. ¿Ropa blanca de señora en casa de un camisero?

UCELLI La moda empieza á borrar las diferencias de sexo. La Duquesa es ciclista. (La señora Ucelli y Cecilia, después de despedirse se alejan por el foro.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos la SEÑORA UCELLI y CECILIA.

PABLO ¿Quién es esa señora, tan taciturna que acompaña á la de Ucelli?

SRA. DE R. Una nicense, dama de honor de la Duquesa de Spezzia.

PABLO ¡Buena recomendación! (Matilde vuelve después de haber despido a sus amigas y se sienta. Héctor se aproxima á ella.)

HÉC. (A Matilde.) ¿Por qué la visita extraordinaria de hoy?

MAT. Porque espero á personas que son muy de mi agrado y que quiero presentarles.

HÉC. Tendremos mucho gusto en conocerlas. ¿Hay marido en proyecto?

MAT. Eres amigo mío, ¿verdad?

HÉC. Te he conocido de niña y desde entonces te profeso cariño; además somos parientes aunque lejanos.

MAT. Pues si me quieres como á una verdadera amiga, prescinde de bromas que pudieran molestarme. (Se oyen risas en los grupos de personas que rodean á Luisa.) ¿Qué dice esa loca?

LES. Está imitando al doctor Krause.

MAG. Es doctor nuestro también.

SRA DE R Mis hijas tienen en él una fe absotuta.

MARTA Es guapo. Y el acento norteamericano le sienta perfectamente.

LUI. Parece que le estoy oyendo. (Imitándole.) El agua de la ducha está fría, pero tonifica mucho ¿sabe? tonifica mucho. ¡Silencio! Van á llegar unos señores muy serios; es preciso guardar compostura. (Antes de que se abra la

puerta Luisa se se sienta con solemnidad cómica y todos las demás, conteniendo la risa la imitan.)

UN CRIADO (Anunciando.) La señora de Chantel y sus hijos.

ESCENA XIV

DICHOS, SEÑORA CHANTEL, MÁXIMO y JUANA

MAT. (Saliendo al encuentro de los recien llegados.) ¡Cuánto honor, señora! Ayer supimos, con verdadera alegría, que habían ustedes llegado á París. ¡Juanita! (Besa á ambas y tiende friamente la mano á Máximo.) ¡Máximo!

CHAN. ¿Está su mamá enferma? No la veo.

MAT. Vendrá en seguida. Siéntense ustedes. (A Luisa en voz baja.) Avisa á mamá para que venga pronto, y dila que se ponga un vestido negro, nada de colores chillones.

LUI. Bien, ya le encargaré que esté muy seria. (Al marcharse advierte que viene su madre.) Pero es inutil. Mamá está aquí.

ESCENA XV

DICHOS y SEÑORA DE VOUVRE

SRA. DE V. Los he visto llegar y vengo á saludarlos.

CHAN. ¡Querida amiga! ¡Cuánto me alegro de volver á verla! ¿Qué tal la salud?

SRA. DE V. Regular, apenas si puedo moverme, ¿y usted?

CHAN. Mucho mejor. (La señora de Vouvre y Chantel se sientan juntas cerca de la chimenea y siguen hablando. Juana y su hermano quedan a corta distancia de ellas. Matilde y Héctor, en el primer término de la escena.)

HEC. (A Matilde.) ¿Cómo se llama esta señora, que no he entendido bien su nombre?

MAT. La Vizcondesa de Chantel.

HEC. Entonces, conozco á su hijo Máximo.

MAT. ¿De veras?

HEC. Fué Oficial en el regimiento de Dragones donde serví como voluntario.

MAT. En efecto. Máximo empezó la carrera militar, que abandonó á la muerte de su padre. Por lo visto no te ha recordado.

HEC. No es extraño. Yo nunca fuí un dragón verdadero. Y ahora una pregunta, ¿debo darme á conocer?

MAT. (Después de una pausa) ¿Has olvidado tu promesa?

HEC. Yo estoy siempre dispuesto á servirte.

MAT. Pues entonces habla con Máximo y de paso procura domesticarle, porque es un poco brusco.

HEC. Mira cómo nos observa. Está nervioso, le tranquilizaré. (Matilde se separa de él y va á unirse á la señora de Vouvre y de Chantel. Héctor se aproxima á Máximo y le habla.) Permítame usted que le recuerde nuestro antiguo conocimiento. He tenido el honor de servir en el ejército á sus órdenes. Soy Héctor Tessier.

MÁX. ¡Ah! me acuerdo muy bien... Tessier, soldado el año 1894, ¿verdad?

HEC. Veo que su buena memoria corresponde á sus excelentes condiciones de Oficial.

MÁX. El ejército es mi mayor afición. (Pablo, las señoras Chantel y de Vouvre se acercan á ellos.)

SRA. DE V. Dice Matilde que Héctor conoce á Máximo. ¡Qué casualidad!

PABLO La casualidad no tiene nada de novelesco; El señor Chantel ha sido Oficial en Chalons durante tres años. En ese tiempo ha tratado á unos dos mil voluntarios. No será mi hermano el primero á quien haya encontrado.

SRA. DE V. ¡Siempre las matemáticas! Siempre demostrando que lo que sucede debe suceder. Lo que yo he dicho es que ha sido una feliz casualidad el encuentro entre Máximo y Héctor y que por lo mismo deben ser desde ahora amigos. (La señora de Vouvre, la de Chantel y Matilde se alejan sonriendo.)

HEC. (A Máximo.) Para mí el encuentro es muy feliz y deseo que usted vea en mi hermano y en mí, dos amigos dispuestos á serle útiles. (Se alejan los tres hacia el fondo del escenario.)

MARTA ¡Unos provincianos!

MAG. El no me desagrada.
LES. A mí me gusta más ella
MARTA (A Magdalena) ¡Pero estas viendo! Capaz será de pensar en esta señorita de pueblo.
LES. ¿Ustedes no notan que aquí huele á matrimonio? Matilde quiere ser Vizcondesa.
MARTA Pero, ¿y Julián? El pobre Julián que bebe los vientos por Matilde.
MAG. Julián se hace el cargo de es que un hombre sin posición y sin recursos, y de seguro que renuncia al matrimonio.
LES. Y hasta puede que renuncie pensando que él no pierde nada con la boda.
MAG. ¡Malicioso!
MARTA ¡Murmurador!
MAG. Silencio, que el provinciano se acerca.
MARTA Veamos cómo es.
MAG. (Ofreciendo una taza de té á Máximo) ¿Una taza de té?
MÁX. Con mucho gusto.
MARTA ¿Cuanta azúcar?
MÁX. Un solo terrón.
MARTA Conque, Héctor ¿ha sido usted soldado y dragón? Estaría usted irresistible.
MAG. Figurate, con lo que favorecen los uniformes, unos uniformes tan ceñidos...
MÁX. (A Héctor.) Estas señoritas, ¿son amigas de Matilde?
HEC. No mucho. Lo son más de su hermana Luisa.
MÁX. Me parecen algo impertinentes.
HEC. La impertinencia está de moda.
MAG. ¡Ah, Valbelle!
LES. El gran pintor modernista.

ESCENA XVI

DICHOS y VALBELLE

VAL. ¡Marta! ¡Querida Magdalena!
MAG. ¡Amigo mío! (Se besan. Valbelle se acerca á ellas.)
VOL. (A Magdalena.) Decídase usted. Aproveche la ocasión y pida consejo á estas señoritas.

MARTA ¿De qué se trata?

MAG. ¡Este Valbelle tiene unas ideas! Figúrense ustedes que quiere retratarme en el traje de Diana cazadora.

VAL. Sí; una figura artística, poética, admirable.

LES. Con un traje muy ligero que le sentará á usted muy bien.

MAG. ¿Y cómo es el traje? (A Lestrange.) Porque de seguro que usted se burla de mi ignorancia.

LES. El traje no tiene mucha tela, pero la que tiene está muy aprovechada.

MAG. (Dudando.) No querrá mi papá.

LES. Y ¿qué necesidad hay de decírselo? Usted puede ir al estudio con la institutriz sin que nadie se entere.

MAG. Yo aceptaría con una condición, con la de que no se me viese más que la cara.

MARTA Entonces, Magdalena, toma una taza de té y no pienses más en Diana.

LES. (A Valbelle.) Ilustre artista, toque usted retirada.

MÁX. (A Héctor.) ¿Y son estas las conversaciones de moda?

HÉC. No, Magdalena es una planta exótica. No se puede juzgar por ellas á nuestras jóvenes.

MARTA (A Valbelle.) ¿Qué hace usted?

VAL. (Oliendo.) Averiguar de qué se compone el perfume que se echa usted en el pelo. De seguro que hay en él lilas de Chipre.

LES. Lilas, violeta, esencia de rosa.

MARTA (Interrumpiéndole.) ¿Quiere usted callarse? Ahora lo puede usar ya todo el mundo.

VAL. (A Lestrange.) Mi enhorabuena, querido amigo, pero guarda usted poco el secreto profesional. (Luisa ofrece pasteles á los que se encuentran alrededor de la mesa. Al último á quien presenta un plato, es á Lestrange, que se queda mirándola atentamente.)

LUI. ¿Qué mira usted con tanta fijeza? ¡Ah, ya comprendo! Que soy grandecita para ir de corto. (Procurando que se bajen las faldas.) Estoy en la última quincena de exhibición. Me pondrán de largo, el día en que se celebre

aquí la velada musical. Conque aproveche usted la ocasión que se va á cerrar. (Risas en el grupo.)

MÁX. (A Héctor.) Y eso ¿le da á usted risa?

HEC ¿Por qué no? Luisa es una chiquilla; no sabe lo que se dice.

VAL. Señorita Reversier. Su mamá la llama.

MARTA Es que ya nos marchamos.

VAL. Pues entonces, me marcho yo también. (Se alejan Valbelle y todos los demás.)

MARTA (A Luisa.) Yo creo que hemos escandalizado á ese joven de provincias.

LUI. Sí, pues no me he hecho cargo.

MARTA Cuando hablaste de tu traje, se puso rojo como una cereza.

LUI. Ya se irá acostumbrando. (Se despiden y se van marchando la señora Reversier, Marta, Magdalena y Valbelle.)

ESCENA XVII

DICHOS menos los REVERSIERS y VALBELLE

MÁX. (A Héctor.) Es extraño. Frecuenté la sociedad de París, estando en la escuela militar, y nunca ví muchachas como estas.

HECT Cuando usted dice muchachas, piensa sin duda, en las que son como su hermana, cuya pureza se adivina al mirarle la cara. También en París tenemos muchachas que lo son, no sólo por la edad, sino por el candor de su alma. Las que se educan en buenos colegios, las que tienen madres virtuosas que las vigilan con prudencia para preservarlas del contagio; las señoritas á quien usted acaba de oir, no son muchachas de ese genero, son muy semejantes á *Las vírgenes locas* de que nos habla el Evangelio de San Mateo, las cuales vírgenes dejaron de encender sus lámparas y no pudieron recibir al Esposo, ni asistir á sus bodas. Pero como en París ha caído en desuso el leguaje parabólico y nadie vacila en emplear las pala-

bras más expresivas, nosotros las llamamos... de una manera especial: la llamamos *Demi vierges*. Hay en ellas malicias adelantadas y pasiones artificiosamente satisfechas. Son, en suma, como flores cuyos pétalos están intactos, pero cuyo perfume ha desaparecido. La inocencia huyó por entero de sus almas y lo que no conocen lo adivinan, y lo que no practican lo comentan...

MÁX. (Interrumpiéndole.) Ante todo he de advertirle que yo profeso á Matilde una estimación absoluta.

HEC. (Cambiando de tono.) Para nada me he referido á Matilde.

MÁX. Usted es persona que me inspira confianza.

HEC. Con justo motivo; por lo mismo yo no he de ocultarle que Matilde de Vouvre, tiene una hermosura tan grande que sólo por ella ha podido suscitar la envidia y la calumnia. Apercíbase, pues, contra las murmuraciones que la ofendan. Matilde está mal educada, la cosa es indudable. Su padre fué un aventurero; la madre es completamente inútil y ella se ha tenido que formar espontáneamente, de tal manera, que parece por sus extrañas libertades, su alarde de lujo y su palabra reflexiva, una mujer dirigida por princesas y por filósofos. Acaso lleguen á sus oidos de usted apreciaciones respecto de Matilde que se refieran á sus gastos excesivos y á lo que llama el mundo su coquetería. Pero advierto que le alteran á usted mis palabras y le voy á dar un consejo. Si no se halla dispuesto á resistir el empuje de la maledicencia, aléjese de esa mujer, en cuya hermosura hay muchos peligros. Si la quiere usted de veras, quede á su lado con la seguridad de que el amor de usted ha de parecerle nuevo, sobre todo, al compararle con el de los demás cortesanos que la rodean.

MAT. (Dirigiéndose á Héctor.) Parece que la amistad se ha estrechado.

HEC. Completamente. (A Máximo.) ¿Quiere usted presentarme á su hermana?

MÁX. El señor Tessier.

HEC. (A Juana después de saludarla.) ¿Viene usted por vez primera á París?

JUA. Sí señor.

MAT. (A Máximo.) Desde que ha venido usted no he tenido ocasión de que habláramos á solas. (Matilde y Máximo se alejan y Héctor y Juana continúan su conversación.)

HEC. ¿Le agrada á usted París?

JUA. Sí señor.

HEC. (Sonriendo.) Noto que está usted inquieta á mi lado. Le ruego que perdone mi inoportunidad, advirtiéndole que consagraré todos mis esfuerzos á ser su amigo, ya que lo soy mucho de su hermano.

JUA. Sí, ya sé que son ustedes amigos.

HEC. ¿Usted quiere mucho á su hermano, verdad?

JUA. Sí, mucho, á mi hermano y á mi madre.

HEC. ¿Le parece á usted que nos sentemos cerca de su mamá para seguir hablando? Porque veo que tiene usted ganas de estar á su lado.

JUA. Si usted es tan amable...

HEC. Yo quiero ser tan bueno como usted. (Se acercan ambos á la señora de Chantel; Matilde y Máximo vuelven al primer término de la escena.)

MAT. ¿Conque es cosa decidida que se vuelven ustedes á Verceris?

MÁX. Sí, tengo mucho que hacer.

MAT. Y ¿no volverá usted para asistir á la reunión que celebramos dentro de quince días?

MÁX. No, señorita. Un provinciano como yo, no debe abandonar nunca las soledades que mejor cuadran á sus aficiones rústicas.

MAT. Yo creí que usted permanecería en París acompañando á su madre y á su hermana.

MÁX. He venido con el sólo objeto de que no hicieran el viaje solas. Ellas estarán en París todo el tiempo que mamá necesite para su curación. Cuando sea la hora de regresar vendré á buscarlas. Hasta tanto, á mi aldea me vuelvo, porque París es demasiado grande para mí. Aquí la palabra es rápida y breve como la sensación. Yo hablo con lentitud, porque no sé decir bien lo que sien-

to. Y usted perdone que le esté contando estas cosas que no le importarán...

MAT. Al contrario. Todo lo que pueda decirse por ahí, no me importa tanto como lo que usted me cuenta.

MÁX Aunque no sea verdad me agrada el oirlo; me agrada tanto, que no sé contener mi emoción, y al cabo de los meses, me acuerdo con verdadero placer de aquellos días pasados en Saint-Amand.

MAT. Yo tampoco los olvido.

MÁX. ¿De veras?

MAT. ¿Por qué había de mentir?

MÁX. (Con creciente emoción.) Es que yo... Permítame usted que le hable con absoluta franqueza. Desde el día en que me alejé de Saint-Amand, temiendo que mi nombre no hubiese dejado en su memoria ni el más leve rastro, viví gozando sólo con su recuerdo. Usted no sabe lo que es pasarse la vida pensando en un sólo ser, aun cuando aparentemente se hagan cosas distintas á aquellas que se refieren al culto que se guarda en el alma. Usted no conoce esta especie de destierro de la vida externa.

MAT. (Interrumpiendo.) Siga usted. Siga usted.

MÁX. Usted no sabe qué clase de íntimo goce produce acariciar en el ensueño la imagen de quien se encuentra á mucha distancia. Las circunstancias me trajeron al lado de usted, y en el mismo instante empezaron otra vez para mí las vacilaciones; ¿debía dejarla? ¿olvidarla? Cuando me disponía á hacerlo oígo su voz, contemplo su belleza y reprochándome la osadía de pensar en quien parece que se aleja de mí, siento que renacen en mi corazón deseos muertos é ilusiones que creía agotadas... sin duda la molesto con estas confesiones.

MAT. Al contrario, siga usted, siga usted; yo le oígo segura de su respeto.

MAX. ¡Ah! ¡Eso sí! Un respeto profundo inagotable. Mis palabras no la pueden ofender, pero quiero expresarle todo lo grande de mis sen-

timientos; la respeto á usted tanto que he sufrido mucho oyendo en este salón palabras inconvenientes y desenvueltas, porque yo hubiera querido conocer á usted desde niña, como á mi hermana, y verla crecer y desarrollarse en el ambiente de pureza que hace al amor tan vigoroso como santo; tan verdadero como ideal... Mi tono la molestará.

MAT. Al contrario, me habla usted como yo quisiera que me hablase todo el mundo. A su su buena fe de solitario del campo, han sorprendido las desenvolturas de la ciudad. A mí también me repugnan.

MÁX. ¿De veras?

MAT. De veras. No tengo ninguna conexión con la gente que me rodea, cuento con enemigos y enemigas, porque se me cree más rica de lo que soy y porque se suponen que busco cortesanos para mi explendor. Usted puede decir si he aparecido ante sus ojos empleando ninguna de las artes de la seducción.

MÁX. ¡Ah! Conmigo no.

MAT. Pues con los demás tampoco; con los demás me he conducido como con usted, á quien si trato con excepcional cordialidad, es porque adivino las excelentes condiciones de su carácter, algo oscurecidas por la brusquedad que sienta siempre muy bien á un hombre honrado.

ESCENA XVIII

DICHOS y JULIÁN Julián ha entrado mientras hablaba Matilde. Se acerca á ella muy correctamente y después se aleja

JULIÁN ¡Señorita!

MAT. Julián.

MÁX. ¿Quién es ese señor?

MAT. Un amigo de casa. Uno de los que por cierto me recuerda lo que hace poco decía acerca de lo expuestas que estamos las mujeres en París á ser motivo de murmuración.

(Cambiando de tono.) Con que se quedará usted, ¿verdad? Por lo menos volverá pronto del campo, ¿no es eso? No le hago ninguna promesa porque mi corazón no se entrega fácilmente, pero puedo asegurarle que lo que usted desea no es imposible.

MÁX. ¿No me rechaza usted? ¿Me consiente que insista en mi cariño?

MAT. ¿Por qué no? (Transición.) Dentro de quince días celebramos una fiesta musical. Espero que asistirá á ella, deseo verle entre nuestros convidados. (Se levantan Matilde, Máximo y la señora Chantel como preparándose para retirarse. Matilde dirigiéndose á la señora Chantel.) Máximo me ha prometido retrasar su viaje cuanto pueda y venir al concierto que daremos dentro de dos semanas.

CHAN. ¡Cuánto me alegro y qué contenta se va á poner Juana.

MAT. Mírela usted y qué entretenida está conversando con Héctor. (Juana, que hablaba con Héctor, rubórosa se dirige hacia su hermano.)

MÁX. (A Héctor.) ¿La ha domesticado?

HÉC. Hablándola de su hermano y de su país.

PABLO No te olvides de que comemos en Chamblais.

HÉC. Es verdad; en esta casa transcurren las horas como si fueran minutos: conque, adiós.

MAT. Adiós. (Héctor y Pablo se despiden de los concurrentes y vanse.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos HÉCTOR y PABLO

SRA. DE V. ¿Por qué no se quedan ustedes á comer con nosotros?

CHAN. Nos es imposible, aún no hemos abierto el equipaje.

MAT. ¿En qué hotel están?

CHAN. En el de los Misioneros: el obispo de Poitiers nos lo ha recomendado.

SRA. DE V. Pues mañana, sin falta, les esperamos á las siete y media.

CHAN. Tendremos mucho honor. (Máximo, su madre y su hermana se despiden; con ellas van hasta la puerta del foro la señora de Vouvre apoyada en su hija; después que han ido desapareciendo las figuras, quedan en escena Matilde y Julián.)

JULIÁN (Dirigiéndose á Matilde.) ¿Es él? ¿No es cierto?

MAT. Sí.

JULIÁN ¿Se ha declarado?

MAT. Naturalmente.

JULIÁN ¿Y tú le quieres?

MAT. Aún no.

JULIÁN ¿Puedo volver á esta casa?

MAT. Me parece una imprudencia.

JULIÁN Entonces ya sé lo que tengo que hacer. (Amenazador.)

MAT. ¡Qué locura! ¡Ese arrebato puede comprometerme!

JULIÁN ¿Y qué me importa? Júrame que volveremos á vernos.

MAT. Yo iré mañana á las cuatro á casa de Julieta Duroy.

JULIÁN Allí estaré.

MAT. Pero, prudencia... ¡Por Dios!... Prudencia. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón se oyen aplausos, los cuales dan á entender que en la sala donde se verifica el espectáculo ha terminado uno de los números que se ejecutan. En un grupo, en primer término, están Valbelle, Espiens y varios convidados.

ESCENA PRIMERA

VALVELLE, ESPIENS, CONVIDADOS

VAL. La verdad es, que las canciones de 1830 son muy bonitas y que Julieta Duroy las canta con mucha delicadeza.

ESP. Como que yo al oirlas me pongo romántico... Y á propósito, esta Julieta, ¿quién es?

VAL. La hija de Matilde Duroy, la famosa Matilde que fué una especie de Aspasia burguesa durante el dominio de Mac-Mahón. ¡Ah! felices tiempos aquellos en que empezaba la regeneración después del desastre.

ESP. Y la hija ¿sigue las huellas de la mamá?

VAL. Naturalmente.

ESP. ¿Y quién es él?

VAL. ¿El favorecido? Pablo Tessier, el senador.

ESP. ¡Míralos!

ESCENA II

DICHOS y JULIETA del brazo de PABLO TESSIER

VAL. ¡Bravo, muy bien señorita, muy bien.

ESP. ¡Mi enhorabuena!

JUL. (A Pablo.) ¿Por qué pone usted esa cara? ¿Le disgusta mi triunfo?

PABLO Es que estoy celoso. Me irritan todos estos mentecatos que asedian á usted con sus zalamerias. (Imitándolos) ¡Señorita, admirable! ¡Muy bien, señorita! ¡Soberbio! !Mi enhorabuena. ¡Divina! ¡Imbéciles!

JUL. ¡Muchas gracias por su finura!

PABLO No, si sus elogios son justos pero me hacen daño, porque yo quiero que el arte de usted sea para mí solo; no para el público.

JUL. Pues la artista no desea otra cosa.

PABLO ¿De veras? Pues entonces no se suelte usted de mi brazo, que deseo pasear la ventura ante toda la concurrencia, y si algún mequetrefe se permite. . (Echan á andar Julieta y Pablo y se encuentran con Luisa que sale cogida del brazo del doctor Krause.)

ESCENA III

DICHOS, LUISA y KRAUSE

LUI. (A Pablo.) ¡Cómo! ¿El Senado y la Banca, quieren arrebatarnos á la gran artista? No renuncies al teatro (A Julieta.) para casarte con éste bribón. (Julieta y Pablo se miran con ternura.) Y no se dirijan ustedes miradas incendiarias. Formalidad, que estamos en el salón muchas niñas inocentes. (A Pablo, señalando su vestido largo.) Fíjate, mis faldas se alargaron.

PABLO Ya lo veo, pero lo que el vestido ganó por abajo lo perdió por arriba. (Señalando el descote.) De lo cual me alegro.

LUI. ¿Por qué?

PABLO Porque la vista se recrea. Muestras morbideces no presumidas.

LUI. Ah, pues si estoy más gruesa de lo que parece; pregúntaselo al doctor. (Por Krause.)

KRAUSE (Flemático, con acento norteamericano.) Luisita, es de todas mis clientes... la que más me conmueve.

LUI. ¡Y pensar que usted dice á todas lo mismo!

KRAUSE Yo se lo digo á todas, pero no lo siento más que por una.. por usted.

LUI. ¡Mi médico enamorándome!

KRAUSE Porque su médico de usted la receta que se case con él.

LUI. Si ya tengo elegido el que ha de casarse conmigo.

KRAUSE ¿Y quién es?

LUI. (Señalando á Lestrange, que acaba de entrar.) Aquél.

KRAUSE (Después de mirarle.) ¡Qué flacucho! No es ese el hombre que usted necesita. (Lestrange se aproxima. Aparecen la señora Ucelli y de su brazo Harden, que hablan animadamente en el fondo.)

ESCENA IV

LUISA, KRAUSE y LESTRANGE

LES. (A Luisa.) Hace un cuarto de hora que ando buscándola porque tengo que decirle... (A Krause.) Con su permiso, doctor.

LUI. Es inútil. Ahora estoy muy ocupada. Spiker va á tocar un solo de violín y quiero oirle... Luego hablaremos... Espéreme usted aquí. (Se marcha Luisa del brazo de Krause. Lestrange se aleja también después de saludar á Héctor y á Máximo que llegan juntos.)

ESCENA V

HECTOR y MÁXIMO

MÁX. ¿Quiénes son las dos personas á quien acaba usted de saludar?

HÉC. Ella es una señora, Ucelli, á quien se agasaja mucho en París por su hermosura. El es un aventurero cosmopolita que se llama Hardén, el cual ha comprado con sus riquezas el derecho de alternar con las personas decentes.

MÁX. Pues los dos, ella y él, son unos miserables. Acabo de oirles hablar de Matilde en términos indignos; sin eufemismos, prescindiendo de recatos y disimulos, casi en alta voz, injuriaban á la hija mayor de la dueña de esta casa.

HEC. La señora Ucelli tiene una de las peores lenguas de París, y París es una especialidad en lenguas viperinas. Harden es un despechado perseguidor de Matilde. Supongo lo que habrán dicho... de fijo que han hablado de Julián Suberceaux.

MÁX. Sí, y de un conde rumano.

HEC. El Conde Christian; pidió la mano de Matilde y pocos días después murió en un duelo verificado en Bucarest y producido por una disputa de casino. Con referencia á Suberceaux tampoco hay nada que reprochar á Matilde, que de sobra conoce á ese tipo, detrás de cuya apariencia no hay un hombre de corazón

MÁX. Los murmuradores hablaron también de usted.

HEC. ¿De mí y apropósito de Matilde?

MÁX. Usted la trata con mucha confianza.

HEC. Mi querido amigo, no recoja patrañas y serene su juicio. He conocido á Matilde cuando tenía 14 años. Su padre y mi hermana se tuteaban. ¿Puedo yo tratar con

cumplidos á la que veo desde niña y con la cual me unen antiguos y honrados afectos?

MÁX. Tiene usted razón... pero las sospechas me atormentan... ¿Usted me da su palabra de ho-honor de que es sincero cuanto me ha dicho?

HEC. ¡Palabra de honor!

MÁX. Gracias, no sabe usted el bien que me proporciona. Desde hace quince días estoy sufriendo atroces torturas y además las cartas que me ha escrito Matilde eran tan frías...

HEC. ¿Las quería usted apasionadas? Lógica de celoso. Encuentra en lo natural motivos de inquietud.

MÁX. He vivido sólo durante las dos pasadas semanas y la soledad exagera las impresiones... Además no sólo he recibido cartas de Matilde. También llegaron á mis manos infames anónimos.

HEC. Todos ellos escritos por una misma mano.

MÁX. No, si yo desprecio los papeles en que la injuria, ocultando su nombre, vomita sus miserias; pero es que durante el tiempo en que he permanecido en el campo no pude apartar de mi memoria lo visto y escuchado en esta casa la vez primera en que á ella acudí. Recordaba conversaciones aquí oídas. Matilde—me decía—es compañera de esas jóvenes que tienen por costumbre la licencia del lenguaje. ¡Acaso piensa como ellas! Y á mis ojos desmerecía el ser querido, de tal suerte, que estuve á punto, al llegar á París, de volverme á mi casa sin ver á la mujer á quien quiero.

HEC. Pero no realizó usted su primer pensamiento; volvió á ver á Matilde...

MÁX. Y la encontré tal y como yo la deseaba. Durante mi ausencia había permanecido lejos de la sociedad y de sus distracciones. Llegué á esta casa y en ella me recibieron con agrado, con sencillez, con amor irresistible. Matilde me trata de tal modo que me parecería un delito negar sus bondades. Su madre y su hermana también me colman de aten-

ciones. Este hogar me parece el mío, tanto, que he tomado parte en los preparativos de la fiesta, gozando en ellos de modo indecible. No he hablado á solas con Matilde, pero mis miradas se han encontrado con las suyas y he leído en ellas las dos palabras que anuncian á un amante la felicidad. Amor y virtud.

HEC. Pues entonces, dicha completa.

MÁX. No; porque al oir la conversación de esa señora Ucelli y de ese señor...

HEC. ¿Harden?

MÁX. Se han renovado en mi alma los recelos que parecían extinguidos y ahora otra vez se levanta en mi espíritu la sombra negra de la duda.

HEC. ¿Usted quiere de veras á Matilde?

MÁX. ¡La quiero!

HEC. Pues entonces déjese guiar por el amor y prescinda de sus enemigos.

MÁX. No, el amor no me autoriza para colocar en mi casa, junto á mi madre y junto á mi hermana, una mujer que... Usted es mi amigo, usted me conoce y sabe que yo no merezco ser engañado. Permítame que le haga una pregunta de hombre á hombre.

HEC. No, Máximo. Entre dos amigos son siempre desagradables las preguntas acerca de la mujer que uno quiere. Matilde no me confió nunca sus secretos, si es que los tiene, pero si ella hubiera sentido la necesidad ó el deseo de confesármelos, yo á nadie se los podría revelar; ni aun á usted.

MÁX. Pero hay preguntas de carácter general á las cuales puede contestarse siempre. De esas es la mía. ¿Usted cree que yo debo elegir mujer entre las que frecuentan la sociedad en que ahora estamos?

HEC. A las señoritas que concurren á estas reuniones, les corresponden los maridos que la providencia les destina, pero ¿hace falta repetir lo que ya le dije? Matilde no se parece á las demás. Créame, Máximo. No rechace usted á la felicidad que le abre sus bra-

zos. La dicha no es una simpleza .. Así pensaba Werther, que se parecía á usted por las vehemencias. (Se oye tocar un violoncelo.)

MÁX. ¿Qué tocan?

HEC. La barcarola de Faure. Venga usted y oíga la música, divina consejera que con sus melodías apacigua las excitacionas nerviosas. La música, sin palabras nos convence; nos calma por dentro sin atormentarnos por fuera; vamos á oirla.

MÁX. ¡Vamos! (Vanse. Queda la habitación sola. Poco después llega Lestrange que mira para ver si hay alguien. Después se sienta como para esperar, dando muestras de impaciencia, y á poco llega Luisa y se levanta Lestrange. La música se sigue oyendo á lo lejos.)

ESCENA VI

LUISITA y LESTRANGE

LES. ¡Gracias á Dios! Ya estaba desesperado. ¡Luisa! (Se dirige á ella como queriendo abrazarla.)

LUI. No hay Luisa que valga. ¡Las manos quietas! No soy la niña de antes. Mire usted mi vestido. ¡Ya soy una señora! Nada de besos, ni en la cara ni en el cuello. (Se quita el guante de la mano derecha y después la extiende.) Los besos aquí, como cumple á personas formales. (Lestrange le besa la mano.) Y ahora, diga el caballero lo que se le ocurre.

LES. No se burle usted de mí como de los demás. Crea usted que estoy padeciendo mucho. Se lo juro. ¡Qué mala noche voy á pasar!

LUI. No le faltarán medios para consolarse de las inquietudes que yo pueda producirle. Somos muchas, y no todas iguales. Las hay muy complacientes. Ahí está sin ir más lejos la señora de Arci, la que con mimo le ha puesto á usted esa flor en el ojal.

LES. ¡Bah! (Arrancándose la flor.) ¡Quién hace caso de tales obsequios!... Una señora casada y con tres hijos.

LUI. Fruta madura, y usted la quiere verde, ¿verdad?

LES. A mí no me gusta nadie más que Luisa.

LUI. ¡No! Usted me quiere, pero como á otras mil. Le agrada el mariposeo. Libar en muchas flores, sin posarse en ninguna con la quietud de la legalidad. (Mientras dice esto, tiene entre los dedos una flor.)

LES. Pero la única mujer que me cautiva, la que se ha apoderado de mi alma, por la que suspiro y me afano, es usted.

LUI. Pues entonces, nada de preámbulos. Pida mi mano, nos casaremos y... ¡vaya un gesto!

LES. No, es que...

LUI. Sí, hombre; en cuanto hablé de boda, se le mudó el semblante... Pues qué, ¿se había figurado el joven seductor; que yo podía prestarme á lo que muchas de mis amigas?.. ¡Quiá! No tengo experiencia pero tengo intuiciones. Por algo asisto á las cátedras. Se pasa el tiempo para las muchachas en coqueteos peligrosos, y después las complacencias pasadas son culpas para lo futuro. Nada, el que me ame de veras, que se case conmigo. No soy tan mala proporción. Pertenezco á muy buena familia, tengo de dote trescientos mil francos, que no le deben nada á nadie. Trescientos mil francos no constituyen una fortuna, pero para los tiempos que corren, tampoco representan una miseria. De mi físico, nada diré. A la vista está, no solo los amigos, también el espejo me echa flores. Algo loquilla parezco, lo reconozco; pero yo me contento con ser loquilla, en tanto que otras, sin parecerlo, hacen locuras verdaderas. Conozco el mundo, teóricamente, por supuesto, con lo cual puedo huir de sus pecados prácticos... Conque animarse Yo sé de muy buena tinta que el que se case conmigo no ha de echar nada de menos. (Arrojando á Lestrange la flor que lleva en la mano y queriendo marcharse.)

LES. (Reteniéndola.) No se vaya usted.

LUI. Pero...

LES. Yo también quiero hablar seriamente. Míreme usted cara á cara y prométame decir lo que sienta.

LUI. La verdad es mi única amiga.

LES. Pues bien. Si me caso con usted, ¿sentirá celos?

LUI. ¿Celos yo? (Riendo.) He oído hablar de ellos pero no sé lo que son. ¿Usted quiere que le diga con franqueza lo que siento? Pues allá va. No me entusiasma el matrimonio, pero lo acepto como todo el mundo. ¡Yo no lo he inventado; si nadie se casara, tampoco me casaría! Me acomodo á las costumbres sociales y las sigo. A la boda pues. Usted y yo haremos muy buena pareja; y cuando se disipen las ternuras de la luna de miel, porque ya sé que se disipan, las sustituiremos con los útiles afanes de la vida.

LES. ¿Y usted?

LUI. ¿Yo? No me hago ilusiones para suponer que me guardará fidelidad un hombre que se encalabrina en cuanto ve unas faldas, y por lo mismo le dejaré en libertad completa, por supuesto, exigiendo reciprocidad.

LES. Es usted encantadora. El matrimonio entendido así hace innecesario el divorcio. Estoy convencido de que tengo que casarme con usted.

LUI. De manera que ¿somos novios?

LES. Novios formales. (Queriendo besarla.) Y ahora creo que podré...

LUI. La solemnidad del acto lo requiere. Pero conste, que la vez primera que recibiré un beso, será la víspera de la boda.

LES. No lo dudo.

LUI. Spilker ha concluído. Antes de que vuelva á cantar Cecilia, habrá un rato de baile. Le concedo un vals. Una observación. Ahora que somos novios, baile usted con mucha compostura. (En el fondo se ven parejas valsando. Se alejan Luisa y Lestrange, y al salir se encuentran con Matilde y Harden que vienen del brazo. Luisa habla con Matilde.)

ESCENA VII

DICHOS, MATILDE y HARDEN

LUI. Estoy muy contenta.

MAT. ¿Por qué?

LUI. Porque al fin pesqué marido.

MAT. ¿De veras?

LUI. Sí; no es muy guapo, ni es muy rico, ni es vizconde... pero tampoco están las cosas para pedir gollerías. (Luisa se coge de nuevo á Lestrange y ambos hacen mutis.)

ESCENA VIII

MATILDE y HARDEN

HAR. ¿A quién se refiere Luisa al hablar de novio?

MAT. No lo sé. Mi hermana es muy práctica. Ella sola concibe, madura y arregla sus proyectos.

HAR. Y de los de usted, ¿qué hay?

MAT. No los tengo.

HAR. Pues todo el mundo habla de ellos. Su mamá no se recata para insinuar la noticia á cuántos quieren oirla. Dicen que se casa usted con el señor de Chantel.

MAT. El señor de Chantel es un caballero muy digno que, vale mucho más...

HAR. (Interrumpiéndole.) Que yo. No lo dudo. Pero entre amigos debe haber franqueza. No se casará usted con ese joven.

MAT. ¿Por qué?

HAR. Porque usted no ha nacido, dadas las condiciones que posee, para ser la esposa legítima de Máximo de Chantel.

MAT. Comprendo lo que quiere decirme. Debo ser la amante de un hombre como usted. (Movimiento de reproche en Matilde.)

HAR. Pues con sinceridad, sí. Lo digo como lo

pienso. Ya sé que mi persona es insignificante. No soy guapo, ni joven, ni elocuente, ni simpático, pero tampoco vale nada un papel, y cuando sobre su superficie extiende Rothschild un recibo de un millón de francos, con solo cuatro palabras, adquiere la hoja humilde el valor de un millon. El azar ha estampado sobre mí una cifra, y esa cifra representa el mayor, el único poder de la vida moderna; porque se trata de una cantidad que no tiene término, no es de miles, ni de millones, es una suma infinita, inagotable como el agua del mar. No poseo tierras ni renta fija, ni siquiera puedo asegurar si tengo capital, pero mañana, si los necesito, dispondré de cincuenta millones. El trabajador que á fuerza de economías ha logrado reunir cinco mil francos, me los dará si se los pido, y si se los pierdo, quedará tan contento. El mundo solo vive por el oro que gana y el oro de todo el mundo es mío. Por tal razón, puedo asegurar á usted, que teniendo yo algo de grande, soy digno de poseerla.

MAT. Muy bien; muy bonita esa oda á la riqueza inmensa, inagotable como el mar... Creo haberla oído ya... ¡Y aún decía que no era elocuente! Ya lo creo que lo es. Domina usted no sólo la elocuencia, sino la poesía de los números.

HAR. Pues hablemos de cosas prácticas. ¿El señor Chantel, conoce la situación económica de usted?

MAT. Tengo la seguridad de que no le importa. No aspira á mi mano por mi dote.

HAR. Y hace bien, porque cuando se pretende á una mujer de tan extraordinario mérito, lo que menos importa es la fortuna; pero ¿no ha pensado usted en que acaso le choque la desproporción que existe entre la vida que se hace en esta casa y los recursos que existen para sostenerla? ¿No produciría sospechas en quien de suyo es receloso conocer que hay aquí lujo excesivo y faltan medios

con que alimentarlo? ¿No es humillante para usted casarse con un rico sin llevar al matrimonio más que necesidades?

MAT. (Irónica.) ¿Va usted á dotarme?

HAR. ¿Por qué no?

MAT. (Enérgica.) Porque ni necesito ni quiero su oro.

HAR. No hay que enfadarse. Yo soy su admirador. Cometí con usted una falta y busco su perdón. ¿Tiene esto algo de extraño? Claro está que yo no pretendo constituirle dote, pero como amigo leal, puedo prestarle lo necesario para reparar su ruina. En concepto de préstamo, acepte lo que le ofrezco.

MAT. ¡Todo progresa! Sus proposiciones revelan un aspecto nuevo de los hombres galantes. Usted no compra; se contenta con tomar un billete de la lotería en la cual yo soy el premio. ¡Pues no hay sorteo! (En este momento entran la señora Ucelli y Cecilia, trayendo papeles de música.)

ESCENA IX

DICHOS, SEÑORA UCELLI y CECILIA

UCELLI Cara... Estamos buscándola hace rato... ¡Oh qué pareja! ¡La hermosura y el dinero!... Cecilia desea consultar con usted cuales composiciones ha de cantar. Sí, porque hay algunas tan picantes que no se atreve...

CEC. Por los papás. Si en el salón no hubiera más que muchachas y muchachos nadie pensaría en reclamaciones.

MAT. Cante usted las que quiera. Se saldrán de la sala las muchachas y así se concilia todo. Es la costumbre que está en moda.

UCELLI En efecto. En París, hasta para la moral hay que seguir la moda. Pues vamos á preparar la escena y dejemos á la pareja interesante... *Andiamo, carina mía.* (Salen Cecilia y señora Ucelli.)

ESCENA X

MATILDE, HARDEN y después JULIÁN

HAR. ¿Conque rechaza usted mi ofrecimiento?

MAT. Sí, claro que sí.

HAR. Reflexione bien.

MAT. Nada tengo que reflexionar. (Viendo á Julián que se acerca.) Y hasta luego (Despidiéndole.)

HAR. Cómo, ¿me despide usted? (Volviendo la cabeza al ver á Julián.) ¡Ah, ya comprendo! (Saluda muy ceremoniosamente y sale con mucha lentitud.) ¡Señorita!

MAT. (A Julián.) Te exigí que no vinieras. ¿Por qué no me has cumplido la palabra que me diste?

JULIÁN Me iré si lo deseas... pero te ruego que me dejes estar cerca de tí.

MAT. ¿Para cometer imprudencias?

JULIÁN Para contemplarte... Ha venido, ¿verdad?

MAT. ¿El? ¡Sí! Por lo mismo tú no debiste parecer.

JULIÁN Estar lejos, imposible... Quisiera un favor.

ESCENA XI

DICHOS, MAXIMO y HÉCTOR, que aparecen por el foro

MAX. (A Héctor,) ¿Ese es Julián Suberceaux? (Héctor contesta con la cabeza afirmativamente.)

MAT. (A Julián.) Ahí está mi *carnet*... Tengo uno disponible. (Alargando el «carnet» á Julián; se interpone Máximo.)

MÁX. Perdone usted. Ese vals me lo tiene usted prometido, Matilde.

JULIÁN Ese vals es mío.

MÁX. No hablo con usted.

MAT. (Evitando la cuestión.) No haya disputa. Ese vals lo bailaré con Héctor, á quien necesito hablar. (Á Julián.) Julián, dispense usted por esta vez. (Julián saluda y vase con mucha lentitud.)

Y usted, Máximo, hágame el favor de advertir á Luisa que venga á esta sala con sus amiguitas en cuanto empiece á cantar Cecilia. (Máximo sale por el lado contrario que Julián.)

ESCENA XII

HÉCTOR y MATILDE

HÉC. El fulgor de los primeros relámpagos anuncia la próxima tempestad.

MAT. (Nerviosa.) Sufrir dos celosos á la vez es mucho. Además, ambos se han excedido, procediendo como si cada uno de ellos tuviera derecho sobre mí y no lo tiene ninguno.

HÉC. ¿Ninguno?

MAT. ¿Por qué dices eso? ¿Eres de los que aseguran que soy la amante de Julián? Pues no lo soy, no.

HÉC. Sí, te creo... pero... ¿quieres que te hable sin disimulos?

MAT. Como un amigo, como se habla á un compañero.

HÉC. Pues bien. No es á mí á quien necesitas convencer de que se te calumnia, es á la gente que habla de Julián: es á Máximo, en quien despiertan continuamente sospechas con denuncias y anónimos.

MAT. ¡Un caballero haciendo caso de papeles anónimos!... De muchas solteras de París se cuentan cosas graves.

HÉC. Sí, pero de unas se cuentan y no se creen, y y de otras se creen hasta cuando no se cuentan.

MAT. ¡Y yo estoy en el segundo caso!

HÉC. No he dicho eso.

MAT. Sinceramente. ¿Te casarías conmigo?

HÉC. Si te quisiera, sí. Pero confiesa que has cometido imprudencias. Durante algunos meses Julián ha entrado á diario en esta casa y esto lo sabe todo el mundo. ¿Cómo? Pues reuniendo detalles dispersos. Los que encontraron al galán con frecuencia al subir ó

bajar las escaleras, los que le vieron entrar y salir, los criados hablan y comentan á su antojo.

MAT. Desde que Máximo está en París, Julián no ha puesto los pies en casa.

HÉC. Ya era tarde. La ausencia de ahora se explicará diciendo que os veréis en otra parte.

MAT. ¿Se dice eso? ¿Entonces yo no puedo tener amigos?

HÉC. Como Julián, no. Es de esos hombres que cuando frecuentan el trato de una mujer la comprometen.

MAT. ¿Y si la mujer les quiere?

HÉC. ¿Quieres á Julián?

MAT. Se cruzó en mi senda en un momento propicio, en una ocasión en que mi ser estaba alterado. ¡Por qué Máximo no se me declaró en Saint-Amand!

HÉC. Veo con dolor que, en efecto, estás enamorada de Julián.

MAT. En conciencia no puedo decir si le quiero ó no. Creo que no le quiero, más aún, siento repugnancia de él al pensar en su egoísmo, en sus vicios, en su bajeza, en su falta de talento. Pero hubo un momento en que me arrebató. Me produjo una locura rápida que, al conocerle á fondo, fué extinguiéndose. Confieso que he gozado al ver que, con todos sus humos de conquistador, se rendía á mis pies como un esclavo. Después fuí leyendo en su alma, y el amor se me fué pasando de tal modo, que preferiría la miseria á ser su esposa; antes que pertenecerle lo haría todo, (Bajando la voz.) ¡todo! A veces pienso que sólo me inspira odio. Dices que he cometido imprudencias. ¿Sabes por qué? Porque no puedo romper con ese hombre que amenaza con explotar su silencio, porque ejerce sobre mí el doble influjo del miedo y de una inevitable atracción. Si esto es amor, ya empiezo á saber lo que significa. Tres hombres hay en esta casa que dicen quererme. El uno con oro, el otro acoge las calumnias que contra mí se propalan, el ter-

cero quiere destruir y dehonrar mi vida: pues bien, en este trance sólo puedo abrir mi corazón á uno nada más, á tí, que me concedes el honor de no codiciarme, porque, ni me hablas de pasiones, ni pones en mí los ojos, ni aumentas mis incertidumbres y mis congojas. (Llorando.)

HÉC. ¡Matilde!

MAT. (Reponiéndose rápidamente.) No, si ya pasó. Los nervios malditos que me recuerdan que soy mujer, aunque á veces siento que hay en mi espíritu arranques de hombre. ¡Ea, se aplacaron los nervios! Y ahora, hablemos con formalidad. ¿Qué dice Máximo?

HÉC. Está deseando que le inspires confianza... Procura favorecer sus buenas disposiciones. Apártate de toda esta gente que concurre á tu casa y que te desprestigia.

MAT. Pero, ¿cómo?

HÉC. ¿Porque hasta que llegue el día de tu matrimonio ne te marchas á nuestra casa de Chamblais? Allí estarás resguardada contra todos, contra Julián especialmnte.

MAT. Sí, es una idea afortunada... Tienes razón. (Se oye á Luisa decir: ¡Por aquí! ¡Por aquí!) ¡Ah! Luisa y sus amigas... No quiero estar con ellas... Voy á sentarme al lado de mi madre y de la señora de Chantel... Gracias, Héctor. Me has hablado como si fueras mi propio hermano. Puedo recurrir á tu apoyo siempre que lo considere necesario.

HÉC. Siempre.

MAT. Pues yo te prometo atender tus advertencias con la mayor severidad. (Vase derecha.)

ESCENA XIII

HÉCTOR, LESTRANGE, KRAUSE, LUISITA, MAGDALENA, MARTA y VALBELLE. Entran con gran confusión

MARTA No puedo resistir esta moda de que nos echen del salón cuando van á cantar cosas alegres.

MAG. ¿Y quiénes nos acompañan en el destierro?

LUI. Ya lo ves, Lestrange, Héctor, Valbelle y mi querido doctor... Siempre conviene que haya algunos fracs para que resalten sus manchas negras sobre los colores vistosos de nuestros vestidos.

MAG. (A Valbelle.) ¡Qué gusto estar así fuera de la vigilancia de los papás!

VAL. (A Magdalena.) Ya lo creo. Este dúo me complace mucho más que el terceto forzoso que componemos usted, su mamá y yo.

LUI. Y ahora libertad completa; el yugo paternal no nos agobia.

MAG. Bueno; pero vamos á ver, ¿qué canciones son esas que nosotras no podemos oir?

LUI. Yo puedo decírtelo, porque á hurtadillas me he apoderado del programa escrito por la señora Ucelli.

TODAS ¡A ver! ¡A ver!

LUI. Quietas, niñas... Yo leeré... ¡Atención! (Leyendo.) *El coche misterioso.*

MARTA ¡Uf! ¡Qué viejo es eso!

LUI. Esta canción es la abuela de las canciones. (Vuelve á leer.) *Los caprichos de Nerón.*

MAG. *¿Nerón?* Me suena ese nombre. ¿Quién es?

VAL. Un señor muy importante. (Riéndose.)

MAG. Le diré á mi papá que le invite á ir á casa.

VAL. No irá. No va á ninguna parte. (Risas.)

MAG. (Golpeándole cariñosamente con el abanico.) ¡Siempre burlándose de mí! Ya sé que soy tonta... Pues no le quiero, ea.

VAL. Pues yo sí; cuanto más tonta mejor. (Besándola en la mano.)

LUI. (A Valbelle.) O respeta usted á Magdalena y se está quieto ó le envio con los papás. Sigo el programa. (Leyendo.) *El coqueteo. La lechera.*

MAG. Basta, hija. Pues no valía la pena de que nos echaran del salón. Todas esas canciones las sé yo.

LUI. ¡Toma! y yo.

TODAS Y yo, y yo, y yo.

KRAUSE (Gravemente.) ¡Y yo también!

JUANA Yo, no; yo no sé nada de eso.

LUI. (Con gravedad cómica.) ¿Que no conoce usted

las canciones de que hablamos? ¡Qué educación tan descuidada!... ¿En qué colegio estudió usted?

JUANA (Con sencillez) En la Asunción, señorita.

LUI. Pues bien podían sus padres procurar que estuviera usted instruída más á la moderna. (Risas. Transición.) ¿Queréis que yo la cante?

TODAS Sí, sí.

LUI. Pero, ¿quién me acompaña? (Dirigiéndose al piano.) ¡Ah! Héctor.

HÉC. Yo... pero...

LUI. Nada. Obediencia absoluta.

MARTA Al piano.

TODAS ¡Al piano, al piano!

LUI. Aquí todo el mundo; hagan corro. (A Valbeile.) Y usted, cuidado con Magdalena, porque si no le echamos. (Héctor se sienta al piano. Todos los demás se ponen alrededor. Luisita canta, y cuantos la escuchan procuran hacer movimientos acompasados con la música. Cuando cesan los couplets, aplausos y algazara La actriz encargada de este papel puede cantar cualquier couplet francés.)

LUI. (Que ha observado la conversación entre Juana y Lestrange, se acerca á Héctor y le dice:) Repara en Lestrange. Apostaría cualquier cosa á que está repitiéndole á Juana el discurso que nos ha soltado á todas.

LES. (A Juana que le escucha aterrorizada.) Pero, ¿por qué no soñar en que yo pueda tener la dicha de obtener su amor? Al mirarla pienso en que mi sueño puede realizarse, en que yo pueda evocar su belleza á solas...

HÉC. (Que se ha ido acercando poco á poco se coloca entre Juana y Lestrange y dice á éste.) Canalla.

LES. ¿Es á mí?

HÉC. Hace rato que tenía ganas de decírselo.

LES. Pero...

HÉC. Basta. Estoy á sus órdenes.

LUI. (A Juana.) Ese pillo de Lestrange le ha dado á usted un mal rato.

HÉC. (Dando el brazo á Juana.) ¿Quiere usted que la acompañe hasta el sitio donde se halla su mamá?

JUANA Sí. (En voz baja.) Gracias, Héctor, gracias. (Salen ambos. Al mismo tiempo entra la señora de Vouvre.)

SRA. DE V. Pero, ¿qué hace aquí la juventud? Las canciones ya concluyeron. Se reanuda el baile.

MAT. ¿Baile?

TODAS Al baile, al baile. (Salen todos en tropel menos Luisa y Lestrange.)

ESCENA XIV

LUISA, LESTRANGE, después HÉCTOR

LUI. Parece, caballerito, que sus atrevimientos le han proporcionado un disgusto. Me alegro; porque á los cinco minutos de declararse á una, insinuarse atrevidamente con otra es excesiva volubilidad.

LES. ¡Pero si no ha ocurrido nada! Yo no he entendido lo que quería decir Héctor.

LUI. Pues hombre á mí me pareció claro.

LES. ¡Bah, quién hace caso de románticos!

HÉC. (Al entrar, á Lestrange.) Con que le repito que estoy á su disposición.

LES. Un duelo; ¿no es eso? ¿Usted busca un duelo? No soy de la misma opinión. Su palabra no me ha ofendido y no siento la necesidad de hacer tonterías.

HÉC. Lo cual quiere decir que usted no se bate. Lo presumía.

LES. Por Dios, Tessier, no sea usted el Don Quijote de los salones, ni se meta á defensor de las doncellas amenazadas por las codicias amorosas. A la postre, á usted como á mí le gustan las niñas de quinceabriles; no hay, pues, gran diferencia entre su virtud y mis vicios.

LUI. ¡Tiene gracia! Pues yo sí encuentro la diferencia. Héctor trata ligeramente á las muchachas que estamos mal educadas, pero cuando su corazón se interesa por una digna de él, la aparta de las demás para consagrarle culto respetuoso. Y usted, en cambio,

¿qué hace? Medir á todas con el mismo rasero, fingir amor á cuantas se encuentra y ocultar intenciones perversas con lisonjas pecadoras... ¡Y usted es el hombre que hace poco se rendía ante mí! Pues no me enorgullece la conquista.

LES. ¡Usted también, Luisa!

LUI. ¡Claro que también! Reconozco mis faltas, sé que mis defectos me obligan á cometer locuras, acaso alguien diga que soy semi virtuosa, pues por lo mismo no quiero á mi lado semihombres.

HÉC. (A Lestrange.) Perdió usted la partida, joven. Vaya á otros salones para ejercer su comprometedora especialidad.

LES. (Con pedantería.) Sí, me marcho; con mucho gusto. Aquí se nota ya la invasión de las costumbres, del lenguaje y de los modos provincianos. No quiero perder mi nativo *chic*. ¡Muy buenas noches! (Vase.)

ESCENA XV

HÉCTOR y LUISA, después KRAUSE

LUI. Acabas de hacerme un señaladísimo favor; el de presentarme tal cual es, para que yo le desprecie á ese tipo... Y pensar que he corrido el peligro de casarme con él. Y todo por mi ligereza. Vamos hombre, que siento algo así como contricción, que te doy muchas gracias y que hasta me entran ganas de abrazarte.

HÉC. ¿Vuelve la locura?

LUI. No, abrazarte en nombre del corazón que no tiene sexo. Porque yo no soy mala del todo, vamos que pertenezco á la clase de buenas que no lo parece. Lo que ocurre es que de vez en cuando siento en mi ser inexplicables sacudidas; como si un ratoncillo me recorriese el cuerpo, y entonces se me suelta la lengua y hablo sin tasa, aunque conccien-

do que me perjudica la soltura. Pero nada, en el fondo nada.

HÉC. Sí, lo sé.

LUI. Además, muchas veces las chicas nos permitimos libertades de lenguaje creyendo que así hacemos gracia y que se atrapan mejor los maridos.

HÉC. Al revés.

LUI. El día en que las muchachas se convenzan de ello, todas hablaremos como santas. Aqui tienes (Señalando á Krause que entra.) otro candidato. ¿Se acuerda usted que me ha ofrecido varias veces casarse conmigo?

KRAUSE Me acuerdo.

LUI. ¿Insiste usted?

KRAUSE Insisto.

LUI. Pues el brazo .. hablaremos. (Salen del brazo seguidos por Héctor.)

ESCENA XVI

MATILDE y MÁXIMO

MAT. En este salón podemos hablar. Siéntese usted. Aquí, lejos del bullicio con que finaliza la fiesta, charlaremos según le prometí. Crea usted que no he retardado esta entrevista por capricho... No me parecía bien que hablásemos de cosas serias al compás de manifestaciones alegres. Procedía con acierto porque esta noche he advertido que usted no me quiere bien.

MÁX. Yo juro...

MAT. Nada de juramentos. Usted me quiere á su modo. Siente el impulso de amarme, pero por un fenómeno especial, le inspira rencor la persona de quien está apasionado. En toda la noche no han cesado sus recelos contra mí. Si yo hablaba con alguno de los convidados, me dirigía usted miradas en las cuales se advertían la fijeza del espionaje y el ardor de la rabia. Un hombre, sobre todo, ha tenido el privilegio de encole-

rizarle. Me refiero al señor Suberceaux. Cuando yo bailé con él se puso usted nervioso, descompuesto, hasta inconveniente. Me agrada su amor, pero me humillan sus pruebas, porque no es cariño verdadero el que en vez de acariciar ofende, el que se muestra, no con halagos, si no con insultos.

MÁX. Matilde, la quiero á usted con toda mi alma, pero las gentes que la rodean me causan horror... Lo confieso.

MAT. A las gentes que me rodean, las estimo en lo que valen, pero usted me confunde con ellas.

MÁX. Porque á usted le agradan.

MAT. Vivo en el medio en que nací y en el cual mis padres me educaron. Si el medio es malo, no es mía la culpa. Cuando me case cambiaré de relaciones aceptando gustosa las que mi marido me ofrezca.

MÁX. ¿Querrá usted irse lejos de París á un rincón de provincias?

MAT. ¿Y por qué no?

MÁX. ¡Qué felicidad! Porque he soñado muchas veces, sin decírselo á nadie, arrancarla á usted de esta sociedad indigna que la rodea para llevarla á otros lugares, lejos de los que la difaman. ¡Oh! repítame usted que mi deseo se verá satisfecho. Allí no hay adulaciones, ni bajezas, ni calumnias, ni infamias disfrazadas. Allí sólo imperan la verdad, la virtud, el bien y el amor. Pero, por Dios, repítamelo que quiero oirlo una, cien veces. Que llegue hasta el fondo de mi alma para estremecerla de gozo su consentimiento. Fuera de aquí, en mi soledad del campo, Matilde, mi Matilde y yo unidos para siempre sin testigos ni amistades. ¡Qué alegría, qué ventura, qué placer tan grandes!

MAT. ¿Pero usted tiene fe en mí, una fe ciega, absoluta, incondicional? Porque sin esa fe nada puedo concederle. Yo quiero que crea en mí, á todas horas, en todos los momentos, como creería en su hermana, la niña inocente, como creería en su propia madre.

MÁX. (Después de una ligera pausa y solemnemente.) Sí, creo; las dudas que me inquietan las rechazo; las sombras que me envuelven las disipo. El amor que es fe y luz me alienta. Sí, Matilde, soy suyo y la pido que me conceda su mano. (Arrebatado.) Y cuando seas mi esposa, mía ante Dios y ante los hombres. entre mi madre y entre mi hermana te colocaré para que un mismo respeto os guarde y un cariño igual os defienda.

MAT. ¿Pero saben su madre y su hermana que yo?...

MÁX. Ellas te estiman y me adoran. La mujer que yo elija será de su agrado. Acaso les impone algo tu condición que contrasta con su sencillez, pero contribuirán con entusiasmo á nuestra ventura.

MAT. Pues entonces que la señora de Chantel venga mañana á pedir mi mano á mi madre.

MAX. ¡Matilde, usted... tú!

MAT. Sí, te quiero. (Máximo, conmovido y arrebatado, besa varias veces la mano de Matilde. De pronto aparece Luisa.)

ESCENA XVII

DICHOS, LUISA, JULIETA, SEÑORA DE VOUVRE, PABLO y convidados

LUI. ¡Ah! (Aparte.) Me parece que llego en mala ocasión.

MAT. ¿Qué hay?

JUL. Te buscábamos hace rato... Empiezan á irse los invitados y además ocurre una desgracia.

MAT. ¿Una desgracia?

LUI. Sí, á Julieta. Han venido á buscarla porque su madre se ha agravado de pronto y está agonizando.

MAT. ¡Pobre Julieta! ¡Dios mío! (Viéndola.) ¡Julieta de mi vida! .. Puede que no sea tan grande el peligro. ¿Quieres que te acompañe? (Entran

la señora de Vouvre, Pablo é invitados que se despiden.)

JUL. No, no muchas gracias. Iré con la vecina que ha venido á buscarme. Al lado de mi madre está una hermana de la Caridad.

PABLO Y además, yo la acompañaré.

JUL. Muchas gracias. ¡Dios mío! ¡Madre de mi alma!

SRA. DE V. ¡Valor, hija mía!

MAT. ¡Adiós! (Matilde despide á Julieta y Pablo y convidados que van saliendo lentamente, mientras se despiden Matilde y Máximo observados por Luisita.)

MÁX. Conque Matilde...

MAT. Hasta mañana. (Vase Máximo.)

LUI. (A su hermana.) Todo lo comprendo.

MAT. ¿Qué?

LUI. Un hasta mañana tierno, sentimental; que sea enhorabuena.

MAT. ¿Queda alguien?

LUI. Empezó el desfile.

MAT. ¿Y Julián?

LUI. Está rondando por la galería, conque cuidado. ¡Señora Vizcondesa! (Con ceremonia burlesca.) A su disposición. (Vase.)

MAT. Dí á Julián que deseo hablarle.

ESCENA XVIII

MATILDE y JULIÁN.

MAT. Ese hombre me comprometerá...

JULIAN Acabo de encontrar á Luisa; me dice que deseas verme y aquí estoy.

MAT. Sí, la madre de Julieta se está muriendo y como prometí ir á su casa...

JULIÁN Comprendo. No podemos vernos allí. Entonces, ¿dónde? ¿En mi casa? (Con alegría.)

MAT. No, Julián, no. En ninguna parte. Despidámonos para siempre. ¡Es forzoso!

JULIÁN ¡Para siempre!

MAT. Sí, para siempre. Soy la prometida de Máxi-

mo de Chantel; acabo de aceptar su cariño y su nombre. ¡Nuestras relaciones han concluído!

JULIÁN ¡Concluído!

MAT. ¡Me explico tu pena... yo también siento algo así como pesadumbre... pero es imprescindible, absolutamente imprescindible!

JULIÁN No me resigno.

MAT. ¡Pues hay que resignarse!

JULIÁN Matilde, óyeme... Comprendo que hayas pensado en ese matrimonio atendiendo á tu posición... Te lo perdono, te lo disculpo... claro... las necesidades... la vida. Pero yo no puedo vivir sin tí... Yo quiero que seas mía, te adoro... te adoro con frenesí (Gesto de Matilde.) ¡Por Dios! Seré tu esclavo, trabajaré con ahinco, buscando la riqueza que anhelas, que será mayor que la que te brinda ese provinciano... Si me abandonas, si me olvidas, te juro que realizo una venganza tremenda. (Nuevo gesto de Matilde.) No quiero amenazarte... Pero no me niegues la esperanza... Concédeme por lo menos un plazo... Quiero probar la fortuna... Esta noche jugaré como se juega cuando en el resultado del azar se pone la vida entera... Ya ves, una noche. Si gano, si amontono el oro para tí y en cambio tu cariño mío solo...

MAT. Basta, Julián; nada de extremos... Ya teníamos convenido...

JULIÁN (Con ira.) Eso es que le quieres, sí, le quieres, lo veo en tus ojos que se apartan de los míos, lo oígo en tus palabras que caen heladas sobre mi ardiente corazón. Le quieres, y yo loco, creí que era la necesidad la que te arrojaba en sus brazos. ¡Pues no, era el cariño! (Alzando mucho la voz.) Entonces, ¿por qué no me desengañaste, ingrata, cruel?

MAT. Por Dios, silencio, pueden oírnos.

JULIÁN (Sin hacer caso.) ¿Por qué no me echaste de tu lado como á un perro?

MAT. ¡Calla!

JULIÁN ¿Por qué me entretuviste con limosnas, hasta que llegara el que había de ser dueño del

tesoro? ¿Por qué me has dejado ser para tí un... un..?

MAT. ¡Calla! (Le pone la mano en la boca; él forcejea teniendo á Matilde en sus brazos y sigue hablando después; pero á media voz.)

JULIÁN ¡Te amo!

MAT. Pues si me quieres, ¿por qué te obstinas en comprometerme?... Pueden oirnos.

JULIÁN Te amo... Te quiero... aunque sea á la fuerza. (Ella al notar que la estrecha entre sus brazos Julián, procura desasirse. Se entabla entre ambos una lucha silenciosa, durante la cual cae al suelo una silla. Al fin Matilde consigue escaparse y quedan uno y otro á ambos extremos de un sofá.)

MAT. ¡Me has hecho daño! (Enseñándole una mano.)

JULIÁN ¡Herida! Perdón... Matilde mía. (Se oyen por fuera voces.)

MAT. ¡Viene gente! Por Dios, márchate.

JULIAN No me voy.

MAT. ¡Y dices que me quieres! Si nos sorprenden estoy perdida.

JULIÁN Me quedo aquí en tu casa sin que nadie me vea.

MAT. ¡Estás loco!

JULIÁN Pues entonces que vengan, que me vean, que me oigan.

MAT. ¡Dios santo, calla!

JULIÁN ¡Te adoro! Mía ó de nadie.

MAT. Yo te prometo...

JULIÁN ¿Qué?

MAT. Espérame... mañana...

JULIÁN ¿Irás?

MAT. Iré... pero ahora, pronto, márchate...

JULIÁN Sí, no temas, vida mía. Te espero... mañana.

MAT. ¡Mañana! (Julián sale. Matilde se arregla el traje descompuesto por la lucha.) Mañana, lejos de París, en Chamblais, donde Julián no pueda entrar. ¡Me he salvado! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa una especie de estufa-salón de regulares dimensiones en Chamblais. En el fondo hacia la derecha grandes vidrieras sostenidas por hierros cruzados pintados de blanco azulado, que dan sobre una terraza por donde se ve subir á las personas que llegan del parque. También á la derecha una puerta que conduce al interior del hotel, por donde entran las personas que vienen de la calle. A la izquierda, árboles, arbustos y plantas aislados del resto de la habitación por un biombo. Al través de la terraza se ve el follaje iluminado por los rayos del sol.

ESCENA PRIMERA

JULIETA y MATILDE

JUL. ¿Entonces...?

MAT. Pues entonces, después de irse Julián, llamé á Betty, nos pusimos ambas á hacer nuestros preparativos de viaje y al día siguiente, por la mañana, estábamos instaladas aquí, en Chamblais, en la posesión de mi primo Héctor.

JUL. (Pensativa.) Julián te esperaría en su casa todo el día.

MAT. ¡Sin duda! y mi ausencia le habrá exasperado terriblemente. Ahora comprenderás la intranquilidad en que vivo hace más de una semana y el deseo que tenía de que estuvieras á mi lado para contar con una compa-

ñera fiel á quien confesar mi secreto y á quien pudiera pedir ayuda, si fuese necesario.

JUL. Ya sabes que puedes disponer de mí... ¿Pero qué vamos á hacer?

MAT. Eso mismo me pregunto yo... Y es forzoso pensar en algo... No es prudente que confiemos á la casualidad el desenlace de esta aventura... Conozco á Julián y sé que no es hombre capaz de resignarse. (Pausa.) El más leve ruido de pasos sobre la arena del parque, me sobresalta.

JUL. Ordena á los criados que no permitan la entrada á nadie.

MAT. Julián no se dejará de tener por un criado... ¿Creerás que había pensado hace un instante en afrontar los riesgos de la entrevista, no para satisfacer la deuda que él reclama, por supuesto, sino para aplacarle con promesas, con palabras cariñosas? Pero después de la horrible escena que acabo de referirte, odio tanto el pasado que desearía no volver á recordarlo siquiera.

JUL. ¿Quieres que yo vaya á verle?

MAT. ¿Irías?

JUL. Ahora mismo, si pudiera prestarte algún servicio... ¿Pero qué voy á decirle?

MAT. Lo primero que se te ocurra... que me ha tratado indignamente... que con su obstinación se expone á perder mi amistad... Tú sabes decir las cosas de una manera persuasiva... ¿Pero te atreverías á ir sola á casa de Julián?

JUL. ¿Por qué no? Los hombres nunca me faltan al respeto .. Hace pocas noches iba á pie por una calle extraviada y un caballero me murmuró al oído varias impertinencias... Me volví, le miré de alto á bajo así (Hace el ademán.) y entonces el atrevido galanteador se quitó el sombrero diciéndome. «Perdone usted, señorita.»

MAT. Pues bien, es preciso que vayas.

ESCENA II

DICHAS y JOSÉ que entra con el correo

JOSÉ (Presentando la bandeja.) El correo.

MAT. (Señalando la mesa.) Déjelo usted ahí.

JOSÉ Hay también una carta para la señorita Duroy.

MAT. Bueno; yo se la daré. (José sale y Matilde examina la correspondencia.) Toma. (Da una carta á Julieta.)

JUL. (Mirando el sobre.) Es de Niort... de Pablo. (Se separa un poco para leer.)

MAT. (Leyendo á media voz.) «Mi adorada Matilde... (Lee entre dientes cuatro á cinco palabras.) iré hoy á Chamblais, por la tarde. Como mi madre está algo indispuesta, dejaremos á Juana en compañía de la señora de Vouvre...» (Abre otra carta.) «Roger y Dupas, floristas... dos mil cuatrocientos ochenta francos...» ¡Estas gentes sospechan que van á perder su dinero! (Deja la factura sobre la mesa.)

JUL. (Acercándose.) ¿Hay noticias de Julián?

MAT. No, ninguna. (Mirando el resto de la correspondencia.) Periódicos, prospectos de diferentes agencias... Ya ves que el rumor de mi matrimonio ha llegado hasta París... Y á tí, ¿qué te dice Pablo?

JUL. Que nunca le han parecido más insoportables las sesiones del Senado... ¡Pobre Pablo! (Con voz conmovida.) ¡Con cuánto cariño me ha tratado durante los amargos días que acabo de pasar. (Enjugándose los ojos.)

MAT. Ahora se casará contigo, seguramente.

JUL. Después de mi desgracia no hemos vuelto á hablar de eso... Harto comprenderás que él, por delicadeza, no podía decirme... «puesto que tu madre ha muerto...» (Vuelve á enjugarse otra lágrima.)

MAT. De todas maneras, pronto se resolverá tu situación... ¡Qué bien has hecho en resistir á sus galanteos!

JUL. No hubo mérito en ello... Los últimos días de la enfermedad de mi infeliz madre me encontraba tan fatigada, tan rendida, que si he de decir la verdad, estuve á punto de ceder... Sí, de ceder sin condiciones, nada más que por miedo á la soledad, por hallar cerca de mí á una persona que me consolase, que me prestara el calor de sus caricias. (Pausa.) El horrible pesar que acabo de sufrir, ha estirpado en mi alma el germen de estas flaquezas, y ahora para siempre... ¡para siempre!

MAT. (Estrechándole la mano.) ¡Pobre amiga mía!

JUL. (Con tono solemne y como si hablara consigo misma.) Cada vez que me asalta algún mal pensamiento, veo delante de mí aquella espantosa escena, y la idea se desvanece ante el recuerdo... Mira, todavía me parece que estoy allí, en traje de baile, lleno de encajes, de rodillas al pie del lecho, donde la pobre agonizaba .. De su boca, contraida por el dolor, brotaban palabras entrecortadas, pero continuas, como si mantuviera una larga plática consigo misma... Y entre las cosas confusas que salían de sus labios, distinguía yo de una manera clara, por haberlas oído muchas veces, estas frases dolorosas que llegaban hasta mí entre el estertor de la agonía: «¡Oh! los hombres... los hombres... ¡qué vergüenza!» repitiéndolas sin cesar en su delirio, hasta en el instante mismo en que el sacerdote ungía su frente con el santo óleo... ¡Ah! no, no... una noche como ésta no se olvida jamás, y destruye para siempre todo propósito de proceder mal... Es horrible, ¿verdad? y no debía referírtelo... Pero, ¡qué quieres! hay momentos en los cuales no es fácil dejar de pensar en alta voz... Además, eres mi amiga, mi única amiga... (Abrazándola.)

MAT. (Interrumpiéndola.) ¡Silencio! Viene gente.

JUL. (Reponiéndose y mirando.) ¡Si es Luisita! ¿Quién la acompaña?

MAT. Algún criado.

JUL. (Mirando.) No... Es el señor de Harden.

ESCENA III

LOS MISMOS. LUISITA vestida de amazona y HARDEN, que lleva del brazo á la SEÑORA DE VOUBRE

LUI. Buenas tardes, Julieta... Buenas tardes, Matilde... (Señalando á Harden.) ¿Ves? No he perdido el día... Acabo de *cazar* en el bosque un millonario.

HAR. (Saludando.) ¡Señorita!

LUI. (A Harden.) Advierto á usted que mi hermana está hoy muy solemne.

HAR. Ya estoy familiarizado con sus desdenes... En cambio, usted...

LUI. (Interrumpiéndole.) Yo soy muy amable con los caballeros, ¿no es eso?

SRA. DE V. Acabo de llegar en el tren con Juana y con Héctor, y nos hemos encontrado en el Parque á este caballero. Y á propósito, ¿dónde se han quedado mis acompañantes?

LUI. Sentados en el banco de piedra, cerca del estanque, mirando como declina el sol.

SRA. DE V. Pues á mí no me agradan esos apartes... La señora de Chantel me ha confiado la custodia de su hija. Conque... anda, vé á buscarla. (A Aurora.)

LUI. Tampoco á mí me agrada interrumpir un idilio. Eso es contrario á mis principios... Pero no tengas cuidado... Sus amores son demasiado poéticos para ser peligrosos... Conque no pienses en ellos y vete á descansar un poco antes de comer... Yo vigilaré á los enamorados, desde lejos, naturalmente.

SRA. DE V. Pues te los confío... Hasta la vista, señor de Harden... Dispense usted que me retire, pero me encuentro algo fatigada. (Vase por la derecha, después de saludar con la mano á Matilde y á Julieta.)

ESCENA IV

MATILDE, JULIETA, LUISITA y HARDEN

JUL. (A Matilde.) Adiós. . Va á salir el tren de las cinco y media... Trataré de hacer en tu obsequio todo lo que pueda.

MAT. Gracias. (Sale Julieta después de hacer una inclinación de cabeza.)

HAR. (A Matilde.) ¿Tiene usted la bondad, señorita, de concederme algunos minutos de atención?

MAT. Con mucho gusto.

LUI. Y yo voy á cambiar de vestido... Hasta la vista .. Le dejo á usted en compañía de Matilde. Ah... y muchas gracias por haberme acompañado, señor archimillonario, héroe ilustre de la sociedad moderna... Así se conducen las hermanas menores en las familias bien avenidas, con discreción, con mucha discreción...(Haciendo una reverencia.) Adiós, señor de Harden... (Vase.)

ESCENA V

MATILDE, HARDEN

HAR. (Mirándola salir.) ¡Es una muchacha encantadora!... Lástima que no sea ella mi preferida.

MAT. (Con ironía.) Muchas gracias en nombre de las dos... Pero me imagino que no se habrá usted tomado la molestia de acompañar desde el bosque á mi hermana para decirme eso.

HAR. Ni de haberme dejado *cazar* como ella dice. No, no era por eso. Declaro que mi encuentro con Luisita no fué más que un pretexto para llegar hasta aquí... Necesitaba ver á usted.

MAT. ¿De veras?

HAR. Sí, de veras. ¿No ha recibido usted noticias

del señor de Suberceaux? Perdone usted que le hable con tanta franqueza, pero el tiempo apremia.

MAT. No, no he recibido ninguna noticia. ¿Por qué me lo pregunta usted?

HAR. Pues si el señor de Suberceaux no ha escrito á usted, es porque se propone venir á visitarla... Conoce el lugar donde usted se halla y sabe además que la semana próxima se verificará su matrimonio... Ayer nos encontramos, *por casualidad*, en el Círculo, y aunque nuestras relaciones no son muy íntimas, de tal modo necesitaba él aliviar sus penas, que me tomó por confidente... Después de hablar conmigo, me abandonó de una manera brusca, ó por presumir que me había dicho más de lo conveniente, ó por haber adoptado de pronto una resolución extrema... Es un hombre muy peligroso el señor de Suberceaux. ¿No tiene usted miedo á los tiros de revólver?

MAT. (Con mucha ironía.) ¡Bah, tiros de revólver porque se casa una amiga de la infancia! Eso es demasiado novelesco.

HAR. Pues yo tengo la seguridad de que sobrevendrá la catástrofe; lo único que ignoro es quién será la víctima. Todavía estamos en la exposición del drama, y antes de llegar al desenlace, creía que mi amistad me obligaba á prevenir á usted.

MAT. Muchas gracias. Y ahora que merced á su *cariñosa amistad* estoy advertida de los terribles riesgos que me amenazan, ¿tiene usted algo más que decirme?

HAR. Ahora sólo me resta ofrecer á usted los poderosos elementos de acción de que dispongo.

MAT. (Con la misma ironía.) ¿Son los mismos de siempre?

HAR. Tengo muchos...Si á usted le conviniera, por ejemplo, que el señor de Suberceaux desapareciese mañana... (Gesto de Matilde.) ¿No? No es eso, ¿verdad? Esta solución es demasiado... ¿cómo diré yo? demasiado australia-

na. ¿Prefiere usted que le haga rico y rico de de tal modo, que el más escrupuloso en asuntos de delicadeza no pudiese decir nada, asociándole á mis negocios?... (Matilde sigue silenciosa.) ¿Tampoco?... Vamos, ya veo que su única aspiración consiste en ser vizcondesa.

MAT. Exacto.

HAR. Entonces estoy tranquilo... Usted misma me proporcionará la ocasión de serle útil... No tema usted; soy demasiado formal para volver sobre las proposiciones que ya tuve el honor de hacerle .. Todavía faltan cuatro ó cinco días para formalizar el contrato de matrimonio... Si de aquí á esa fecha variara usted de opinión, no tendría que hecer otra cosa más que pronunciar una sola palabra... ni siquiera eso... nada más que una línea. Sí, con sentarse delante de esta mesa. (Se sienta.)

MAT. ¿Qué hace usted?

HAR. (Continuando tranquilamente.) Coger una pluma, acercar una hoja de papel y escribir en ella nada más que dos palabras, «venga usted». Con esto, y con enviar la carta al señor Harden, Avenida de los Campos Elíseos, 130; la única Providencia de los tiempos modernos surgiría de improviso al lado de usted como evocada por arte de magia. (Levantándose.)

MAT. (Con risa burlona.) ¿Quiere usted un sello? Mejor aún, ¿por qué no lleva usted la carta y la echa en el buzón de su hotel? Así la recibiría esta misma tarde.

HAR. No; prefiero dejarla ahí, al alcance de su mano. Si usted no se toma la molestia de enviármela, por lo menos servirá para que no olvide las señas del más leal, del más respetuoso y del más entrañable de sus amigos.

MAT. Gracias de nuevo... Y ahora perdone usted si me veo obligada á dejar su amable compañía. Pero el señor de Chantel, mi futuro, debe llegar en el tren de París, y tengo la

costumbre de ir á su encuentro hasta la entrada del Parque... Ya me he retrasado un poco por culpa de usted... Voy á ponerme el sombrero... Adiós, señor Harden, hasta la vista. (Vase.)

ESCENA VI

HARDEN solo, después JULIAN

HAR. ¡Sigue burlándose de mí! ¡Bah! no importa... Es demasiado inteligente para no variar de opinión... Esta noche, mañana, cuando se encuentre sola, reflexionará sobre el ofrecimiento que acabo de hacerle, y quizá no rechace en absoluto la solución que yo represento... (Pausa.) ¡Qué mujer más encantadora! Dejar una ocasión como esta, sería el colmo de la estupidez... (Al coger el sombrero repara en la factura.) «Roger y Dupas, floristas.» La cuenta es importante... ¡Diantre! Presumo que estos excelentes floricultores van á ser pagados con mi dinero. (Al salir tropieza con Julián.) ¡Hola! ¿Usted por aquí? ¿Cómo va desde ayer?

JULIAN Muy bien, gracias.

HAR. ¿Busca usted á la señorita de Vouvre? Ahora mismo acaba de subir á sus habitaciones.

JULIAN Nada tengo que hablar con esa señorita, pero una vez que parece usted tan bien informado de lo que ocurre en la casa, ¿podría decirme si se encuentra en ella el señor Vizconde de Chantel?

HAR. Aún no, pero se le aguarda de un momento á otro.

JULIAN Entonces, esperaré.

HAR. (Viendo á Máximo.) No por mucho tiempo... Ahí le tiene usted.

ESCENA VII

LOS MISMOS y MÁXIMO

HAR. (Exagerando las muestras de cortesía.) Celebro en el alma encontrar á usted, señor vizconde. (Máximo no contesta.) No quiero ser inoportuno... Aquí hay una persona que le aguarda á usted con impaciencia .. Me parece que se conocen ustedes de vista, de manera que sólo tengo necesidad de hacer la presentación de fórmula en estos casos... El señor de Suberceaux... el señor de Chantel... A sus órdenes. (Aparte al marcharse.) Ya estamos en el desenlace del drama. (Se va.)

ESCENA VIII

MÁXIMO y JULIÁN

MAX. ¿Es verdad, caballero, lo que acaba de decir ese señor?

JULIAN Sin duda.

MAX. ¿Y para hablarme no ha encontrado usted mejor medio que acechar mi entrada en una casa que no es la mía?

JULIAN Le buscaba á usted ó le acechaba como usted dice, porque el asunto que voy á confiarle no admite dilación alguna y porque estaba seguro de hablarle en este sitio.

MAX. (Con sequedad.) Pues bien, caballero; ni tengo nada que tratar con usted ni deseo tampoco escuchar sus confidencias... Yo sólo hablo con las personas que son de mi agrado y debo declarar que usted no se encuentra en este número... Nos hemos visto en sociedad algunas... veces, y por un impulso instintivo de ambos, siempre evitamos el dirigirnos la palabra. Esta era la actitud que correspondía á dos hombres de honor para quienes la reputación y la honra de una mujer

deben ser sagradas... Por mi parte estoy resuelto, absolutamente resuelto á no variar de conducta. (Se inclina ligeramente y hace ademán de marcharse.)

JULIAN (Adelantándose para cerrarle el paso.) Yo también estoy resuelto, absolutamente resuelto á que usted me escuche.

MAX. ¡Basta, señor de Suberceaux! Es inútil que busque usted pretextos para provocar un duelo... Aunque no sea muy esperto en el arte de conocer á las personas, veo con toda claridad, que usted intenta impedir, por medios violentos, la realización de un proyecto de matrimonio que le contraría... Créame usted, nada de injurias, nada de provocaciones meditadas de antemano... Una mujer de teatro, cuyo nombre pertenece al público, puede disputarse á estocadas, pero no una joven de nuestra sociedad... En el caso presente un duelo entre los dos sería todo lo contrario de lo que se llama una cuestión de honor. Por lo tanto no me batiré con usted antes de ser el esposo de la señorita de Vouvre... Es bastante categórico lo que acabo de decir, ¿no es cierto? Pues en tal caso pongamos término á nuestra entrevista. (Ambos se miran en silencio unos momentos y Máximo vuelve á hacer ademán de marcharse.)

JULIAN ¡No se vaya usted, señor de Chantel!

MAX. ¿Insiste usted?

JULIAN Insisto y además le ruego que tenga la bondad de escucharme... También yo hablo con tranquilidad, ya usted lo ve, y no trato de perder el tiempo en amenazas ridículas. Cuando llegué aquí tenía el propósito de buscar una querella, lo declaro con toda franqueza, pero después, he cambiado de opinión... Oígame con calma porque todo lo que tengo que decirle es grave y además es preciso que usted lo sepa.

MAX. (Bajando hacia el primer término lentamente.) No le comprendo.

JULIAN Pero por lo menos, comprenderá cuál es el asunto á que me refiero... Hace un instante

me decía usted, señor de Chantel, que no se batiría conmigo antes de ser el esposo de la señorita de Vouvre... ¿Es que el matrimonio está ya acordado? (Gesto de impaciencia de Máximo.) ¿Está usted decidido á dar su nombre á esa señorita?

MAX. Sí, lo estoy.

JULIAN (Exaltándose de nuevo.) Pues bien, ese matrimonio es imposible... Ahora me toca á mí repetir sus propias palabras... Nada de violencias, nada de provocaciones... Para escucharme con más calma procure usted olvidar quién es la persona que le habla.. ¿Qué acentos emplearía yo para convencerle de la sinceridad de mis propósitos? (Interrumpiendo á Máximo que trata de hablar.) ¿Va usted á interrogarme, á pedirme explicaciones?... ¡Para qué! Váyase, abandone en seguida esta casa y procure olvidar que nos hemos visto, que nos hemos hablado siquiera... El más cariñoso, el más fiel de sus amigos no le daría á usted mejor consejo... Ya habrá usted conocido en el tono de mi voz, que le hablo con gran lealtad.

MAX. (Después de un momento de pausa.) Caballero, amo á la señorita de Vouvre y estoy orgulloso, verdaderamente orgulloso de unirme á ella. Esta es mi respuesta.

JULIAN Para impedir ese matrimonio no necesito decir más que una palabra... ¡una sola!

MAX. (Con csento de amenaza.) ¡Cuidado, señor de Suberceaux!

JULIAN ¿No quiere usted darme crédito?... ¿No quiere usted renunciar á ese matrimonio?

MAX. No.

JULIAN Entonces usted será el único responsable de lo que pueda suceder... Señor de Chantel, usted no se casará con la señorita de Vouvre, porque yo la quiero hace ya mucho tiempo.

MAX. Y eso ¡qué importa! También la quiero yo.

JULIAN Corriente, pero ella me ama... ¿Lo sabía usted también?

MAX. No le creo á usted

JULIAN (Con gran exaltación.) ¿Pero es que no quiere usted entenderme? Tan ciego ó tan loco está con ese desdichado amor, que voy á tener necesidad de decirle cara á cara que la señorita de Vouvre es mi que...

MAX. (Viendo aparecer á Matilde.) ¡Silencio!... ¡Ella!

ESCENA VIII

LOS MISMOS y MATILDE, vestida de traje de campo y con sombrilla

MAT. (Deteniéndose en el umbral y dirigiéndose á Julián.) ¿Qué hace en mi casa el señor de Suberceaux?

JULIAN (Cambiando de actitud y en tono humilde.) ¡Matilde!

MAX. Este caballero estaba aguardándome y me he visto precisado á escucharle. (Matilde interroga á Julián con la mirada.)

JULIAN (Balbuciente casi.) ¿Por qué no viniste antes? ¿Por qué? ¿Podía yo vivir en tan cruel incertidumbre?... Necesitaba verte... verte una vez siquiera...

MAT. (Volviéndose á Máximo.) ¿Qué le ha dicho á usted ese hombre?

MAX. ¿Que?... ¡Ah, no puedo repetir sus palabras! ¡No debo hacerlo! ¡Imposible!

MAT. (Con autoridad.) Y yo quiero conocerlas, ¿entiende usted?... Sí, es preciso que usted las repita delante de mí y delante de él.

MAX. Pues ha dicho, es decir, se proponía decirme, porque no le he dejado concluir la frase... que usted... ¡Oh, qué infamia!...

MAT. ¡Adelante!

MAX. ¡Que usted había sido su... querida...

MAT. (A Julián.) ¡Tú has dicho eso!

JULIAN No sé lo que dije... Perdóname, Matilde... Sufro mucho... Pero no quiero que seas su esposa... ¡Es imposible!

MAT. ¿Tú has dicho eso? Ah, miserable... miserable. (Levanta la sombrilla y le golpea. Desde este momento ambos parecen olvidarse de que les escucha Máximo.)

JULIAN Maltrátame... golpéame sin piedad... pero

atiende mi ruego, Matilde, mi adorada Matilde... mi...

MAT. (Interrumpiéndole con violencia.) ¡Vete!

JULIAN No rechaces mis súplicas.. Ahora ya no puedes ser de nadie... ¿oyes? de nadie y de él menos todavía.

MAT. (Con el mismo tono.) ¡Vete!

JULIAN Te amo, te amo como un loco..

MAT. (Haciendo un gesto de desdén.) ¡Vete!

JULIAN El día en que seas de otro, me mataré, te lo juro... Esta no es una amenaza pueril... Te digo que me mataré.

MAT. Pues bien, mátate. (Le mira fijamente y Julián retrocede poco á poco. El final de esta escena debe hacerse con lentitud, de manera que á cada movimiento de Julián para detenerse, corresponda un ademán resuelto de Matilde para obligarle á salir.)

ESCENA IX

MATILDE y MÁXIMO

MAX. (Después de haber contemplado desde el fondo derecha toda esta escena hasta la salida de Julián, se acerca á Matilde y le dice con la mayor solemnidad, procurando, aunque en vano, ocultar su emoción.) Ahora soy yo quien debe irse... ¿no es cierto? (Pausa.) ¡Adiós! (Se dirige hacía la puerta, pero de pronto se vuelve.) ¿Por qué se ha burlado usted de mí de una manera tan despiadada?... ¿Por qué me ha engañado usted?.. (Matilde no responde.) Conteste .. ¡Tengo derecho á exigir una respuesta y usted no puede negarse á dármela!

MAT. ¿Para qué? Un miserable acaba de infamarme en su presencia, y usted ha dado crédito á la calumnia... Después de esto el vizconde de Chantel no puede dar su nombre á la querida del señor de Suberceaux... ¡Adiós!

MAX. ¡Por compasión, Matilde, no me torture usted de un modo tan implacable! ¡Hable usted! ¡Dígame que ese hombre ha mentido

villanamente y quizás me convenzan sus palabras!... ¡Por lo menos trataré de creerlas! (Un momento de pausa durante el cual, Máximo presa de la mayor agitación, se pasa la mano por la frente.) ¡Pero es imposible que se desvanezcan mis dudas! Acabo de oir las ardientes súplicas de ese miserable y he oído también sus amenazas. En este momento ninguno de los dos representaba una comedia y la prueba es que llegaron ustedes á olvidarse de que yo estaba presente.

MAT. Escúcheme usted, Máximo.. No diré más que una sola cosa, y debo decirla, porque todavía tiene usted fe en mi sinceridad. Ese hombre ha mentido... Nunca fuí su querida... Usted me creerá, si no le oculto que nos hemos amado durante algún tiempo... ¿Basta esta confesión para abrir entre nosotros un abismo infranqueable, no es así? Adiós, pues por última vez... olvídeme...

MAX. (Durante la réplica anterior, revela en su rostro una especie de satisfacción.) ¡Ah!... ¿Conque usted le ha amado? ¿Entonces, por qué me ocultó la verdad? (Matilde no contesta.) Vamos, diga usted algo para justificarse.

MAT. Yo no trato de justificarme... Es más, le devuelvo su palabra... Lo único que deseo es que al salir de aquí no lleve usted mi recuerdo mezclado con ningún sentimiento de odio... ¿Me lo promete?

MAX. Se lo prometo. (Se dan la mano, pero Máximo al sentir el contacto de Matilde, experimenta una fuerte sacudida y se la besa con efusión.) ¡Ah.. la amo á usted con locura, como no he amado nunnunca! Yo no puedo irme con tranquilidad, con la tranquilidad con que usted me despide... ¡No sea usted cruel! Calme mis recelos, mis desconfianzas... Mi única aspiración es la de creer en la lealtad de sus negativas... ¡Hace un instante, al oir de sus labios un último adiós, me parecía que acababan de desplomarse para siempre todas las ilusiones de mi vida y que me encontraba sólo rodeado de sombras y negruras!

MAT. ¡Máximo!

MAX. (Con mucha vehemencia.) Yo mismo ignoraba que te quería con toda mi alma y era porque aún no había llegado el momento de poner este amor á prueba... ¡Pero ahora, por la propia herida que tus palabras han abierto en mi pecho, se desborda mi pasión con más ímpetu que nunca... (Levantandose.) En nombre de este amor te exijo que no me ocultes nada... Quiero saberlo todo, todo...

MAT (Interrumpiéndole.) ¿Saber qué? ¿Que entre Julián y yo ha existido un proyecto de matrimonio, abandonado por mi parte aunque no por la suya? ¿Que entonces todo el mundo me vió coquetear con él, es decir, darle la preferencia sobre los demás, demostrarle mayor suma de simpatías y hablar ó bailar con él mejor que con otro alguno? Ahora el señor de Suberceaux, por despecho, por celos ó por ambas cosas á la vez, acaba de calumniarme cobardemente y yo no puedo hacer más que decir que ha mentido... ¿No basta esto para mi justificación? Pues si esto no basta, si usted sigue dudando de mis palabras, no debe decir que me ama con locura, porque eso no es verdad. (Pausa)

MAX. No, Matilde, todo eso no basta .. Al ver á ese hombre hace un momento, al escuchar su odioso tuteo, al oir el tono de voz en que usted le replicaba, y sobre todo al mirarle tan sumiso, tan resignado bajo sus amenazas y sus golpes, no he podido menos de pensar que esa historia amorosa que usted acaba de contarme, ese sencillo *coqueteo* como usted dice, podría encerrar un enigma aterrador... Desde el día en que tuve la desgracia de frecuentar los salones de París, la palabra coqueteo encierra para mí un significado verdaderamente horrible... Quizá tenga un sentido más claro para los parisienses, familiarizados con la vida elegante de la capital, quizá sea una cosa pueril, pero también puede ser monstruosa. Cuando se aplica esa palabra á las señoritas de Reversier ó á la señorita

Magdalena, poco me importa su significado, pero cuando se refiere á la mujer que amo con toda mi alma, á quien voy á dar mi nombre, á quien confiaré, dentro de breves días, la custodia de mi honra y la santidad de mi hogar, entonces esa palabra me sobresalta y me alarma de un modo extraordinario. (Cambiando de tono y con dulzura.) Usted no puede censurar esta desconfianza porque no desconoce los nobles motivos en que se funda... Vamos, Matilde, desvanezca usted las espantosas dudas que desgarran mi pecho... Entre nosotros no debe existir ni la sombra de un recelo... ¿Qué es lo que ha pasado entre Julián y usted? (Matilde retrocede.) Si me contesta con entera sinceridad yo le prometo que en lo sucesivo no volveré á preguntar nada... Hable usted, hable usted, por lo que más quiera en el mundo.

MAT. ¿Lo exige?

MÁX. Es preciso.

MAT. Corriente... Contestaré con la mayor sinceridad, pero si con esta confesión desaparece para siempre nuestra dicha y el reposo de nuestra vida, no me culpe usted á mí... ¿Qué desea usted saber?

MÁX. Necesito que destruyas las indignas sospechas que tantas veces he rechazado y que ahora se apoderan de mí con más violencia que nunca. Antes de conocerte, nada turbó la tranquilidad de mi alma, pero desde ese día, un misterioso espíritu de recelo embarga todas mis facultades, alucina todos mis sentidos y me parece que veo al señor de Suberceaux, loco de pasión, como yo lo estoy, deseando estrecharte entre sus brazos, trémulo de amor.

MAT. (Inquieta.) ¡Por Dios, Máximo!

MÁX. (Con curiosidad y temor al mismo tiempo.) ¿No es verdad que habrá tratado de abrazarte muchas veces? Ese deseo me parece muy natural, (Con gran ansiedad) y tú no le habrás rechazado, ¿no es cierto? (Matilde no responde.) Contesta.

MAT. No.

MÁX. ¡Ah! (Después de una pausa sigue hablando con voz temblorosa.) De manera ¿que te ha abrazado?... ¿Y también habrá puesto sus labios en tu frente, en tu boca? (Matilde no contesta y Máximo se deja caer en una silla, pasándose la mano por la frente.) ¡Y decir que ha dejado irse á ese hombre hace un instante!... (Otra pausa. Máximo, levanta la cabeza y se incorpora después con lentitud.) En las cartas anónimas me lo decían y yo, mentecato de mí, me resistía á dar crédito á los calumniadores... ¡Todo eso era verdad!... ¡era verdad!...

MAT. Sí.

MÁX. (Apretándole la mano con violencia.) ¿Con qué es cierto?

MAT. ¡Me hace usted daño! (Pausa.) Es cierto.

MÁX. (Con amarga ironía.) Ahora ya no me resta ninguna duda. . No quiero saber más, nada más; y si aún me asaltara la malsana curiosidad de averiguar algo, no conteste usted á mis preguntas... ¡Oh, qué vergüenza, qué infamia!... La mujer á quien idolatraba con toda mi alma, la mujer á quien atribuía todas las perfecciones imaginables no solo ha permitido que otro hombre la estreche entre sus brazos, sino que ha puesto sus labios en los suyos. ¡Ella... ella también, mi prometida, mi adorada, no es más que una *demi-vierge* como las otras! (Se ríe amargamente.) ¡Una *demi-vierge!*

MAT. Advierto á usted que todavía no tiene ningún derecho sobre mí; le advierto además que está usted en mi casa y que no puedo permitir que siga usted insultándome.

MÁX. Es verdad... No sé lo que digo... ni sé donde estoy. (Pásándose la mano por la frente.) ¡Creo que voy á volverme loco!

MAT. Loco debe de estar quien insulta á la mujer que ama, porque esa mujer ha tenido la noble franqueza de declararle lo que otra cualquiera le habría ocultado prudentemente... Sí, es preciso estar loco, para preferir el disfraz de una falsa inocencia á la

confesión sincera y leal de un falta... ¿Está usted ya más tranquilo? ¿Puede usted oir algo razonable?

MÁX. Ah, sí... Hable usted. Que yo tenga al menos el consuelo de escuchar su voz. (Se sienta cerca de ella.)

MAT. ¡Pobre amigo mío! Por lo visto no tenía usted otras nociones de la vida que las adquiridas entre sus compañeros de colegio ó entre los sencillos colonos de sus posesiones de Verceris... Sólo de esta manera se comprende que al llegar á la capital de Francia, haya usted elegido una joven en la sociedad más agitada, más elegante, más libre, pensando que en el pasado de esa mujer no existiría el menor secreto, ni la más ligera culpa. ¿De qué modo se imagina usted que somos nosotras? ¿De qué sentimientos tan puros nos supone animadas? ¿Cree usted que esa joven no habrá tenido ojos, ni oídos, ni siquiera corazón hasta el día de su matrimonio?. . Sí, para su esposo, para él solo, ¿no es cierto? Pero observe usted que el hombre que despierte en su pecho el primer latido de amor será siempre para ella su prometido. Si este sueño no se realiza la mayor parte de las veces, ¿quién es el responsable? Además, advierta que esa joven es un ser débil, ignorante, que tiene que luchar con un hombre fuerte y experimentado á quien ama; si esa pobre mujer cede bajo la presión cariñosa de su mano, si en un instante de desfallecimiento ó de pasión no puede evitar que sus labios busquen los suyos, ¿merece ya el desdén de las personas honradas y debe ser designada con el innoble dictado de *demi-vierge?* ¿Dónde se encuentra entonces la virgen absoluta, la inmaculada, aquella que no ha concedido jamás ni un pensamiento, ni una caricia al hombre que solicita su cariño? ¿Y si esa joven ideal existe en el mundo, qué clase de mujer es ella? Por ventura, ¿los hombres buscan una compañera indiferente para unir su vida á la suya? No. Ustedes de-

sean que las mujeres sean frías, impasibles como el mármol antes del matrimonio y tiernas, apasionadas después de la boda... El que desee hallar ese modelo de perfecciones debe buscarle entre las educandas que abandonen el convento por la casa nupcial; ¿pero quién le asegura á ese hombre que la hoguera bruscamente encendida por él no podrá reavivarla después algún otro? ¡No más!.. Basta ya, Máximo, abandóneme, vuélvase usted á su rincón de provincias y procure buscar ese ser inerte y sencillo que le dé todas las garantías de candor que apetece, pero tenga usted cuidado de que al depositar sobre su frente virginal el primer beso de amor, no se levante entre ambos un secreto terrible, el más terrible de todos, el secreto de lo porvenir!

MAX. (Lentamente.) Todo lo que usted acaba de decir me lo he repetido yo muchas veces, pero hay algo en mi conciencia y en mi corazón que protesta y se rebela contra mis propios razonamientos.

MAT. No es su corazón, ni es tampoco su conciencia quienes se rebelan, sino la vanidad, la más vulgar de todas las vanidades... Su corazón y su conciencia no protestarían si amase usted á una mujer divorciada, ó á una viuda, á pesar de haber pertenecido á otro hombre, y, sin embargo, duda usted en unirse á mí nada más que por haberle declarado noblemente que he amado á otro y que no tuve la fuerza de resistir á sus caricias. (Con voz muy conmovida.) ¡Ah, y usted me ama y yo le amo á usted también, Máximo! (Reponiéndose.) ¡A ningún otro hombre habría yo dicho lo que acabo de decir! (Cuando concluye esta escena es casi de noche.)

ESCENA X

LOS MISMOS, HÉCTOR y JUANA, que vuelven del Parque

JUANA Entremos pronto. Se nos ha pasado la hora sin notarlo.

HÉC. Toda nuestra vida pasará de la misma manera, cuando tengamos la dicha de estar juntos.

JUANA ¡Toda la vida juntos! Ese es mi deseo más vehemente, y, sin embargo, no me atrevo á á creer que se realice... ¿Cóme ha llegado usted á quererme?

HÉC. ¿Cómo? Por el candor de tu alma, que se transparenta en el brillo de tus ojos, en el tono de tu voz y en la pureza de tus sentimientos. Nunca había pensado en casarme; es más, esta idea me parecía absurda, sin duda, porque aún no había encontrado un ángel en mi camino; pero desde que tuve la dicha de verte, comprendí toda la santidad del matrimonio... Sí, mi idolatrada Juana, te adoro por tu inocencia.

JUANA (Con voz dulce.) ¡Por favor! Héctor, dé usted luz. Esta sombra me oprime el pecho..

HÉC. Sea.. volvamos á la realidad... Despertémonos, puesto que tú lo deseas. (Toca un botón y la sala se ilumina de pronto. Juana y Héctor bajan al centro de la escena y Máximo se separa de Matilde.)

JUANA (Al verlos.) ¡Ah!... Somos nosotros. Me entretuve hablando con el señor de Tessier... No me riñas, Máximo... ¡Soy tan feliz!

MAX. (Pasándose la mano por los ojos.) ¿Eres tú, Juana? Había oído tu voz como al través de un sueño, de un penoso sueño.

MAT. (A Máximo en voz baja.) ¿Qué le pasa á usted? (A Juana.) En efecto, tiene usted la cara muy risueña y Héctor también. (Se levanta.)

JUANA Sí, soy muy dichosa, no lo niego.

MAT. Pues venga usted, querida niña, á besarme á mí, que casi soy su hermana. (Juana avanza con el propósito de besar á Matilde, pero Máximo se in-

terpone entre ambas, atrae á su hermana hacia sí y la dice con cierta solemnidad:)

MÁX. No.. es imposible... Anda, hija mía, vé con él, que es digno de tí, y déjanos unos momentos. (Juana se retira sin comprender el sentido de estas palabras. Héctor la sigue.)

ESCENA XI

MATILDE y MÁXIMO

MAT. (Después de una pausa larga.) ¿De modo que no hay rehabilitación posible para una culpa que ninguna ley humana castiga? ¿Es decir, que ya no tengo el derecho de ser la esposa de un hombre de honor?

MÁX. Perdóneme usted, Matilde; yo no soy más que un hombre como los demás, débil, incierto, vacilante entre los deberes de la conciencia y los impulsos del sentimiento... La ilusión, la encantadora ilusión que yo acariciaba, acaba de desvanecerse por completo. (Pausa. Al oir estas palabras Matilde demuestra un gran desfallecimiento y llora en silencio.) Estas palabras serán crueles, muy crueles, pero el hombre que las dice está sufriendo el más horrible, el más atroz de los tormentos, porque amo á usted con toda mi alma,.. y al salir de aquí, con el corazón desgarrado, no la abandono por ninguna otra mujer, porque no he de amar á otra.

MAT. (Amargamente.) ¡Dice usted que me ama y, sin embargo, no vacila en dejarme sola, sin apoyo y sin guía!... ¿Pero qué crimen sin redención he cometido para ser castigada de un modo tan implacable!... ¿Cuando hasta las mujeres seducidas encuentran esposos que las redimen, usted, un cristiano, un alma noble, me rechaza á mí que no he pertenecido á nadie, á mí, que solo he cometido errores disculpables? ¿Por qué estoy yo fuera de la ley del matrimonio y las demás no?

MÁX. No me lo pregunte usted, Matilde, yo se lo ruego.

MAT. Al contrario, deseo que usted me lo diga con toda franqueza; tengo ese derecho... Hable usted, pues, hable con toda claridad porque el momento es demasiado solemne.

MÁX. Pues bien, Matilde, yo le juro por lo más sagrado, que si fuese una mujer seducida, engañada, no vacilaría en darle mi nombre... La falta cometida, por ignorancia ó por abandono, puede borrarse con un arrepentimiento sincero... Pero hay culpas de tal índole que no se redimen confesándolas, mejor dicho, que no deben confesarse nunca. Créame usted, no existe en el mundo más que un hombre que pueda ser su marido, y ese hombre es...

MAT. (Interrumpiéndole.) Basta... ¡No quiero oir su nombre! ¡Unirme á él! ¿Y es usted quién me lo aconseja? No... No tengo vocación de mártir... Abandóneme, puesto que no me considera digna de llevar su título, pero déjeme á mí la ímproba tarea de luchar por la vida como mejor me acomode... Sí, váyase usted una vez que no vacila en sacrificar su felicidad ante varios escrúpulos... (Acercándose á él.) No tengo suerte, Máximo, porque el único hombre que podía hacer de mí una mujer digna, no quiere ó no puede realizar este sacrificio.

MÁX. No, no puedo, y usted comprende la causa.

MAT. ¡Quizá!... Entonces, despidámonos lealmente, ya que ninguno de los dos trató de engañar al otro; despidámonos, repito, sin vacilaciones, sin reproches, sin debilidades y sin lágrimas... ¡Adiós, Máximo!

MÁX. ¡Adiós! (Se marcha lentamente y ella le sigue con la mirada hasta que desaparece. Después baja poco á poco hacia el primer término.)

ESCENA XII

MATILDE sola

MAT. ¡Todo ha concluído! Tuve un sueño, un hermoso sueño, y acabo de despertar... Los buenos matrimonios, la paz de la familia, el cariño de los hijos, son para las jóvenes sencillas como Juana de Chantel... Para nosotras, las hijas de padres corrompidos y de madres inconscientes, no quedan más que los hogares abiertos á todo el mundo... En vano será que tratemos de luchar contra la fatalidad, pues por muchos esfuerzos que hagamos para torcer sus designios, siempre habremos de ir á parar por caminos más ó menos tortuosos á la galantería ó la miseria. (Se sienta.) ¡Qué cansada estoy y qué triste es la vida!

JOSÉ (Entrando.) ¿Señorita?

MAT. ¿Qué?

JOSÉ El señor Harden está en el vestíbulo y pregunta si puede ver á la señorita.

MAT. (Aparte.) No hay duda... Es el destino. (A José.) ¡Que pase! (José sale y Matilde deja caer la cabeza con abatimiento.)

TELÓN

3 0112 115871516

Queda prohibido en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace esclusivamente para servir los archivos de las Compañias que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.